

El Editor Fantasma (Nuevo capítulo: 7)

Antumbra



Capítulo 1

El Editor Fantasma

Ciertamente, convertirme en lo que soy hoy fue más fácil de decidir de lo que imaginé. ¿Quién, en su sano juicio, se negaría a ponerle fin a aquello que uno más odiaba en el mundo teniendo la oportunidad? La tentación de acabar todo con una bala resultaba grande, sublime, e incluso, se me antojaba a ratos prolongados y muy recurrentes, sobre todo cuando mi impotencia crecía a niveles tales que, recostado en la tranquilidad de la cama, era incapaz de cerrar los ojos sabiendo que el motivo de mi vigilia seguía suelto, pululando por ahí, llegando a tantos inocentes lectores que ansiaban un cambio de tornas con urgencia y sólo se encontraban con desgracias estereotípicas.

¿Por qué habría yo de dejar escapar a esas aberraciones literarias, siendo que tenía una capacidad que nadie más parecía tener y, sobre todo, la disposición de hacerlo?

Ese razonamiento fue lo que me llevó a destruir miles de conceptos antes; desde las tan odiadas Marie Sue, pasando por los villanos que no ejecutaron a los héroes por andar vanagloriándose de sus logros, hasta los tan detestables y aburridos momentos de amor instantáneo entre adolescentes. Sí. Ese era mi trabajo, asesinar tópicos. Asesinar clichés.

Al momento de rememorar mi agridulce trayectoria, me hallaba con mi revólver en mano, dispuesto a ejecutar a mi siguiente objetivo, uno de los más valiosos que se me habían asignado: Lharang Treyn, el tercero con el nombre, hijo de Lohsagun, hijo de Bukhein, Príncipe de Cabahar y Heredero de la Corona del reino. Vaya nombrecito se cargaba el tipo. Aunque lo odiaba, me vi forzado a aprendérmelo con tal de no perderle la pista por los parajes de este reino situado en el medievo, que tenía, casi de forma literal, el nombre de Tolkien grabado en cada hoja de cada mísero árbol frondoso que osaba dibujar un paraje, hasta cierto punto, ridículo, pero con ese toque siniestro y ancestral que tantos escritores novatos se habían esmerado en mantener y reutilizar hasta el hastío.

Lharang —me niego a repetir sus títulos, aunque sea en tinta— se dirigía a galope, luego de una trifulca en una cantina élfica en la que resultó victorioso tras competir contra un enano en la cantidad de cerveza de malta que podían ingerir, a las Cuevas de Kyshi, donde se decía, dormitaba un impasible dragón con el mismo nombre: Kyshi, el Dragón Celestial. ¿Cuál era la razón de hacer semejante travesía? La misma que había tenido a mal metérsele en la cabeza a todos los incautos que se atrevieron a pisar los aposentos del escupecfuego: domar a la bestia y

convertirse en El Hacedor de Ceniza, aquel profetizado jinete que, con el poder del fuego ancestral de su parte, sería capaz de arrasar con el más grande de los ejércitos con una sola bocanada y traer la paz o la guerra al reino. **Ah, qué trillado**, me dije al ver de reojo y por detrás de un árbol, a mi objetivo con su altanera e hipócrita silueta: pectorales marcados, cabellera dorada hasta los hombros, ojos azules como el zafiro más denso, barba partida, un torso desproporcionadamente más grande que sus piernas delgaduchas y, para colmo, una armadura tan reluciente, que pensé que estaba por asesinar al hermano vanidoso de la Cenicienta al que le habían regalado una indumentaria igual de ridícula y pretenciosa como lo serían las más exóticas zapatillas de cristal.

De pronto, mi presa, empuñando con gesto gallardo una espada de hoja larga que resplandecía con un rojo cristalino, dijo con una voz más aguda que la de un ratón al que le pisan los callos del pie:

—¡He de ser yo, Lharang, el tercero con...!

Me negué a escuchar el discursillo. Sólo debía aguardar a que el tipo llegase a la guarida del dragón, y actuar entonces para darle la más espectacular de las muertes, porque, si iba a hacer el trabajo sucio de mi contratista, mínimo obtendría una carcajada a cambio. No obstante, el ver al soldadito reluciente caminando por un sendero lodoso encima de un caballo tan escuálido como las piernas de su jinete sólo me causaba bochorno y pena ajena. Me asqueaba tanto que era imposible reírme. Era mejor acabar pronto con su suplicio, y de paso, con el mío propio al tener que seguirle leyendo.

Merodeé por el bosque con gran rapidez, asegurándome de que el tambor de mi arma estuviese lleno y el seguro puesto, ya que no estaba dispuesto a cambiar una sola palabra del relato en el que me había ido a meter, o al menos, no hasta que llegara el momento. Un solo disparo fuera de turno, y toda la trama se iría al garete conmigo adentro.

Cuando Lharang por fin descendió de su noble corcel blanco como la espuma marina, reparé en que habíamos llegado al pie de una gran y gigantesca montaña que tenía el boquete más grande que había visto en mi vida; literalmente, en la cima había un agujero tan grande que daba la impresión de que por ahí había pasado un asteroide, pero lo que más me sorprendió fue darme cuenta de que tal agujero era negro, oséase, la montaña aún tenía el grosor necesario para hacer de ese abismo lo que era. Carajo, eso sí era una montaña y no estupideces. Aunque claro, no contaba como tal, porque las palabras podían evocar imágenes imposibles para el mundo del que yo provenía.

De pronto, lo que comenzó como un ligero cuchicheo se convirtió en un incesante barullo; una gran multitud, convocada a presenciar la toma de posesión del jinete de su merecido dragón y su nuevo título, vitoreaba a

su campeón desde las faldas de la montaña, animándolo a tomar su lugar como el Hacedor de Ceniza.

—¡Pueblo de Cabahar! —alzó la voz Lharang, dirigiéndose a su animoso público—, por medio de la Espada Escarlata que me fue legada por la nobleza de mi sangre, he de derrotar a la bestia que os aterroriza y os arrebató el sueño por la noche. ¡No volveréis a vivir con miedo!

Los aplausos no se hicieron esperar. Era, en verdad, una escena ridícula, pesada, vomitiva para mí de ver. Cómo quería verlo fracasar. Y lo haría. Ese era mi trabajo. Y menos mal que trajo público. Entre más altas fuesen las expectativas, mayor sería el impacto por su fracaso.

Sin más remilgos, me dediqué a seguir el escabroso sendero ascendente que siguió el soldadito de los finos títulos familiares, con mi confiable revólver entre mis manos, manteniéndome al margen del ridículo andar opulento del personaje rimbombante que tenía delante mía.

Algo sí tenía que envidiarle a ese ridículo ser; podía trepar por las brucas y filosas pendientes cual alpinista profesional, y sin necesidad de sogas. Por otro lado, yo tuve que batallar bastante para aferrarme a las paredes del coloso, procurando mantener mis dedos firmes al momento de atreverme a despegar un pie para subir un peldaño más. Los Deus Ex Machina eran por lo general más difíciles de erradicar, pero siempre había una manera de contrariar al destino. Al fin y al cabo, yo era la personificación de su antítesis.

Di gracias al hecho de que la narrativa sólo proseguiría una vez yo llegara para presenciar la siguiente escena, pero sí me tomé varios minutos, a lo largo de mi largo y agotador ascenso, para maldecir al escritor por explayarse tanto en las descripciones del paisaje y de las libertades que se tomó para crear el escenario. Sentí que pasaron días cuando por fin logré alcanzar la cima de la montaña, siendo la idea de que podría cobrar hasta el doble por esa escalada la única razón por la que continué.

Cuando alcancé el sitio donde proseguía la narrativa, Lharang, que había llegado ahí hacía mucho tiempo atrás y que lucía tan fresco como la mañana, por fin se movió de su desapercibida quietud y se situó en la entrada de la inmensa cueva para reanudar su papel, y como si éste hubiese reunido energía extra por descansar en estado de petrificación, el soldado gritó con su espada en alto:

—¡Oh, bestia divina!—de nuevo usó esa voz chillona que tanto odiaba—, ¡Le ordeno yo, bajo la luz provista por mi espada y por el legado de mi casa y de mi pueblo, que emerja de su morada y ose enfrentarme!

En el acto, se escuchó un profundo carraspeo que provino de las profundidades de la cueva, y éste fue tan grave, que hizo temblar la roca

hasta sus cimientos, alertando a parvadas enteras que graznaron en señal de peligro. Incluso yo, un foráneo en un mundo de letras épicas que nada tenía que ver conmigo, me sentí indefenso cuando una titánica cabeza escamosa, con ojos brillantes y colmillos del tamaño de torres curvadas emergió de las sombras, mientras se escuchaba el estridente arrastre del vientre de la bestia por su guarida, así como los rasguños de sus garras metálicas, apurando el paso para encontrarse con su nuevo retador.

Por lo que me dijo el cliente, lo que pasaría después era que el soldado usaría esa bonita pieza de joyería armamentística y que, con un temple digno del más integral de los idiotas, afrontaría la ira del dragón, para que a la hora de ser fulminado por las llamas, su espada mágica le protegiese por el milagro de un encantamiento élfico secreto que le demostraría a la criatura que ese hombre de piernas fantasmales era el destinado a ser su jinete. Qué pena, me habría gustado ver el final... pero ya lo veía venir. Ni falta hacía leerme la obra entera.

Envalentonado por su truculenta estrategia, aquel soldado de armadura cristalina, melena dorada y espada llameante, se impuso ante la inmensa cabeza de la criatura con el pecho hinchado. Por su parte, al posar sus ojos en la alimaña que tenía enfrente, el reptil alado comenzó a exhalar humo por sus hoyos nasales. Era el vaticinio del fuego primigenio. Esa fue mi señal; posicionado a un costado de la cavidad con la espalda contra la roca, estiré mi brazo y dejé que el largo cañón de mi arma asomase hacia el interior, y con un largo suspiro controlado, apunté a la mano del caballero. Así, cuando un torrente de fuego abrasador amenazó con barrer con todo lo que se hallase en su camino, le quité el seguro al arma y apreté el gatillo, volándole los dedos al engreído. Lo último que se escuchó del supuesto elegido fue un chillante alarido que resonó en la cueva por unos segundos antes de ser opacado por el fulgor de una llamarada digna de la vociferación del mismísimo Sol que escupió la armadura del soldado cuesta abajo con todo y espada, depositando los restos a los pies de la muchedumbre, la cual, al ver tal escenario, rompió filas y se dispersó en un absoluto silencio. Pude verlo todo desde la cima. Fue poético, y satisfactorio.

Yo, por mi parte, esperé a que la bestia volviese a guarecerse, y cuando dejé de oír el roce de sus escamas contra las paredes de roca, me animé a moverme de mi sitio, descendiendo con la sonrisa más socarrona que mi rostro pudo gesticular. Cuando llegué a la falda de la montaña, me encontré con que la multitud había dejado los tan preciados objetos de su presunto salvador justo donde cayeron. Tomé la espada por un momento, haciéndome a la idea de que era tan real como el mundo en que me encontraba. ¿Qué pasaría si...? Sintuéndome curioso respecto a mi fugaz idea, saqué de mi alforja un cuaderno al que le arranqué una hoja, y tras acercarla al arma, ésta se convirtió pronto en un esbozo de tinta que quedó capturado, de modo que el dibujo de una espada rojiza quedó plasmado en la hoja. Yo no era mucho de usar espadas, la verdad, pero

esa adición a mi colección me pareció satisfactoria.

Una vez me guardé el dibujo, saqué el libro que me había conducido hasta semejantes lares, viendo con satisfacción que el párrafo que supuestamente narraba el triunfo de Lharang, el tercero con el nombre, hijo de Lohsagun, hijo de Bukhein, se modificaba ante mis ojos para especificar que tal personaje había caído fulminado ante la rabia de Kyshi, el Dragón Celestial.

—Misión cumplida —suspiré, al tiempo que enfundaba mi revólver en la funda que colgaba de mi cadera y cogía la pluma que había usado a modo de separador para el libro entre mis dedos, aún temblorosos por el regocijo de ver caer a un pedante pedazo de pelmazo que, por el poder del guión, estuvo a punto de convertirse injustamente en leyenda.

Era la hora. Para salir, me bastaba con anotar una última frase al pie de la página:

FINIS FINITUM.

Así, en un pestañeo, ya me encontraba en la comodidad de mi sillón de piel marrón, frente a la chasqueante y avivada llama de la chimenea de mi estudio. A mi lado, sentado en un segundo sillón menos fino, mi cliente, un hombre trajeado y de presencia notable, sostenía entre sus arrugados dedos pálidos un gran sobre amarillento sellado que contenía, tal y como yo lo estipulaba en mis volantes, el pago correspondiente por el encargo.

—¿Y bien? ¿Lo consiguió? —me interrogó el viejo, con una mirada expectante, al tiempo que yo me levantaba de mi sillón.

—Véalo usted mismo —le dije, extendiéndole el libro que él mismo me dio para llevar a cabo mi labor—, está hecho.

El viejo abrió el libro y se fue directamente al final de la novela y, tras ponerse sus lentes de media luna, esbozó una sonrisa de pocos dientes, mientras asentía con alevosía el resultado de mi intervención literaria.

—Bien, bien, es maravilloso. Pero dígame, ¿Esto sólo le pasó a este ejemplar, o...?

Ya sabía yo que haría esa pregunta, por lo que alcé mi mano para pedirle que guardase silencio. A continuación, me encaminé a la sección del inmenso librero que tenía a mis espaldas, donde tenía yo un recopilatorio de todas las novelas habidas y por haber, y saqué un ejemplar del mismo libro que el hombre me trajo para trabajar. Abrí el libro en la última página en sus narices, asegurándome de que el hombre pudiese ver con sus propios ojos cómo la tinta de las palabras se acomodaba sobre el papel como si ésta tuviera vida, de modo que los últimos párrafos

adquirieron las mismas palabras del libro en el que realicé el cambio. Así mismo, las páginas subsecuentes que relataban la continuación de la historia se quedaron en blanco, víctimas del abrupto final que yo mismo le otorgué:

El protagonista fue devorado por la llama primigenia de la bestia ancestral que moraba en la soledad de su reino en el corazón de la Tierra, para nunca más volver a personificar a la satírica leyenda que habría tenido lugar de haber seguido con vida.

Al viejo se le escapó un gran suspiro de admiración, lo cual lamenté mucho, pues su aliento descuidado me pareció tan letal como el del dragón que fui a defender.

—¡Increíble! —alcanzó a decir mi cliente, con una sonrisa infantil—, realmente increíble. Con esto, estoy seguro de que la obra de mi competencia quedará...

—Mi pago, si no le molesta —le pedí, extendiendo mi mano para obligarlo a callarse y a reparar en que aún tenía mi sobre entre sus yemas, precedidas por unas uñas amarillentas.

Sí. La obra que intervine no era producto del decrepito y bien vestido anciano que tenía frente a mí, sino que había sido escrito por uno de sus rivales, un escritor novel que emergió de ninguna parte y que, en cuestión de meses, destronó al viejo de su puesto como novela de fantasía más vendida, y en su rencor, acudió a mí para tratar de arruinarla. Personalmente, yo creía haberla mejorado, no arruinado. Pero... eso no era mi asunto. Mis clientes siempre solían hablar de más al momento de contratarme. Uno oye cada cosa...

—Ah, sí, sí. Tenga —dijo el anciano, carraspeando y pasándose una mano por su escasa cabellera cana—. Un dólar por cada tomo que existe. Dan un total de cien mil dólares, como acordamos —me dio el sobre con ambas manos y gesto ceremonioso, algo innecesario, a mi parecer—. En verdad, había oído de gentes que se quedaban inmersos en la lectura, pero usted lleva tal concepto a otro nivel...

—Sí. Y respecto al pago, me temo que he de cobrarle intereses —repuse con serenidad, sosteniendo el sobre entre mi dedo índice y pulgar de forma despectiva.

—Aguarde, ¿Por qué haría eso? —su cara cambió su semblante—, quedamos que serían cien mil, sin discusiones —dijo con desagrado.

—Es verdad, pero el párrafo de la cueva en la cima de la montaña me representó un inconveniente no muy sencillo de escalar, y no me comentó

nada al respecto.

—Lamento oírlo, pero me temo que eso no me concierne —dijo con cierto aire pedante—, el anuncio decía que usted otorgaba finales literarios al gusto, y que, una vez fijado el precio, usted haría el encargo sin más. Era su trabajo, y como lo ha realizado, muy a pesar de mi escepticismo inicial, ha recibido su paga. Más no puedo ofrecerle, así que, si me disculpa, debo llegar a una cena con mi familia...

El hombre pasó por mi lado con un grosero golpe de hombro, dirigiéndose a la salida con una gesto de complacencia que me asqueó. Procuré no mostrarme irritado. Después de todo, había maneras variadas de doblegar a un hombre.

—Entiendo. Si ese es el caso...

Conforme el viejo quiso poner su arrugada mano sobre la perilla de la puerta de mi estudio, ésta se desvaneció ante su mirada incrédula, y conforme se giró a verme con una mueca de espanto digna de fotografiarse, supe lo que estaba sucediendo.

—¿Qué significa esto? —exigió saber mi cliente, alterado sobremanera.

—Alguien está cambiando la historia. ¿Qué más va a ser? —le dije con total apatía.

—Imposible, esto es la vida real, ¡Usted sólo altera libros! ¿O no?

—Yo puedo hacer de un encuentro trivial una historia, y si lo deseo, puedo cambiarla —declaré, mientras en mi mano se dibujaba mi tan preciado revólver, acudiendo a mí de entre las sombras de la tinta de la pluma que me auxiliaba desde el otro lado.

—¡Dios mío! —cómo se notó que le espantó ver un arma aparecer en mi mano de la nada—, ¡Usted...! ¿Quién es usted?

—¿Yo? Puedo ser quien yo quiera; puedo ser un hombre, un demonio —mi rostro se vio ayudado de un anexo descriptivo que modificó mis facciones hasta otorgarme cuernos y una piel escamosa y negra como el carbón—, o una serpiente —mi rostro mutó una vez más, a la vez que mi lengua, ahora viperina, se colaba entre mis recién adquiridos colmillos venenosos—... es cuestión de gustos, mi estimado. Y ahora, dependerá de usted quién sea yo y lo que ocurra a continuación.

—¿A-A qué se refiere? —me preguntó nervioso.

—Me refiero a que dependerá de usted cuántas de sus extremidades

conservará...

Cual mandato divino, el escribano tras mi triunfo borró los pies del viejo, haciéndolo caer de espaldas en el suelo laminado, provocando en él una desesperación tal que, al tiempo que se arrastraba cual lagartija por todo mi estudio, lanzaba gritos de pánico que me erizaron la piel.

—¡Basta, por favor! ¡Le daré lo que pida, lo que pida! —gimió con pesar en cuanto me detuve frente a él, recuperando a los pocos instantes mi forma humana—, dígame la cifra, y yo se la daré.

—Esto... ya no es cuestión de cifras, mi estimado. Esto ya es cuestión de principios —le contradije, disfrutando en verdad la mirada desencajada en su rostro—. Le diré algo. Como ha liquidado su deuda en un solo pago y en efectivo, me permitiré ser generoso y darle el precio especial de la casa. Sólo tenga presente esto: quien osa jugar con mi retribución, habrá de presenciar cómo juego yo con más que sus cutres historias ficticias.

Como último gesto, chasquéé los dedos para que las piernas del viejo reaparecieran, y con mucha dificultad, el viejo logró apoyarse en un escritorio que tenía yo en un rincón del lugar. Luego, me aproximé a la puerta y, al extender mi mano hacia ella, la perilla reapareció a modo de boceto, sólo para permitirme girarla y darle la oportunidad al viejo de marcharse. El viejo no dudó un instante en salir trastabillando de mi estudio lo antes posible, no obstante, no lo hice pasar al rellano de mi hogar, sitio por el que él había pasado al venir a visitarme a tan altas horas de la noche, sino que usé la puerta para enviarlo al lugar donde me envió a corregir sus errores.

—¡Espere un segundo! ¿En dónde estoy? —se preguntó el viejo, palideciendo al encontrarse en la entrada de una cueva colosal que parecía no tener fondo y que, de cuyas profundidades, emergió un par de gigantescos ojos brillantes que se posaron en él —¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Oh, por favor, ¿Acaso no estudió a su competencia? El dragón salía en la portada, en la sinopsis, y hasta en las reseñas que le hicieron. Pero claro, la envidia ciega hasta al más avisado...

Con un fulgurante resplandor dorado, un torrente infernal emergió de entre las fauces que asomaron de entre la penumbra, dirigiéndose como un abrasador vendaval hacia nosotros.

—¡Dios, déjeme regresar! —apenas dio indicios de volver, me encargué de pedir porque los pies del viejo quedaran fusionados al suelo rocoso, con la total intención de ver su cara hasta el último minuto—, ¡Este no es el final

que yo deseaba!

—¿De qué habla? Esto es justo lo que pidió... ***el protagonista fue devorado por la llama primigenia de la bestia ancestral que moraba en la soledad de su reino en el corazón de la Tierra, para nunca más volver a personificar a la satírica leyenda que habría tenido lugar de haber seguido con vida*** —le dije con una sonrisa socarrona, mientras cerraba la puerta a pesar de los gritos desesperados del viejo al ser calcinado por las llamas de su propio ímpetu.

FINIS FINITUM.

Capítulo 2

2.

Ver llover desde la ventana solía levantarme el ánimo, pero en esa ocasión, las finas gotas que se agolpaban contra el cristal no hacían otra cosa que recordarme las lágrimas que derramé el día que mi padre murió, así como las amargas experiencias posteriores; hacía seis meses, aquel que alguna vez fue mi orgulloso progenitor se marchó con rumbo desconocido antes de la cena, alegando que tenía que hacer algo de suma importancia y que, de resultar bien, su carrera como escritor podría incluso verse beneficiada. Dijo que lo esperaríamos.

Así lo hicimos. Así lo hice. Con ningún acompañante más que la luz de la luna llena asomándose con timidez entre las densas nubes, me mantuve sentado junto a la ventana durante horas, alternando la mirada entre un libro compilatorio de cuentos cortos de mi padre y la escarchada calle por la que lo vi marcharse, esperando a que, de un momento a otro, reapareciese su silueta, pero no ocurrió. En su lugar, un extraño resplandor dorado se suscitó frente a la puerta de nuestra casa, tras lo cual apareció un bulto extraño a pocos pasos del pórtico. Apenas podía ver lo que era en la intermitente oscuridad de la calle, y las luces de los faros en la banqueta no ayudaban a definirla.

Acudí con mi madre, que en ese momento esperaba sentada a la mesa, con la cena enfriándose, a la luz de un viejo candelabro iluminándole su pálido y cansado rostro. Recuerdo muy bien la mirada de horror que se dibujó en su cara cuando le dije que apareció un bulto frente a la casa, pero recuerdo mejor todavía el grito que se le escapó a la pobre mujer al abrir la puerta e identificar al bulto como los restos carbonizados de su esposo. Yo apenas me asomé un poco, logré ver la cara del cadáver, y aunque sus facciones ya no eran distinguibles del todo, aún se le podía ver con la boca abierta, como si aún estuviera gritando al momento de acabar así.

Mi madre llamó a la policía, y esa misma noche, nos sacaron de la casa para investigar y nos enviaron al Hotel Whillesden, en el 305 de High Road, Inglaterra. A mí no me gustaban los hoteles de por sí. Tener que pasar casi dos semanas en ese agujero negro —literalmente, el edificio tenía fachada negra, y por dentro no era muy aseado que digamos— me hizo anhelar mi casa como no lo había hecho en la vida...

—Hijo, ¿Vienes? —me preguntó mi madre, tocándome el hombro por

detrás.

Me volví hacia ella con rapidez, más por el susto que por obedecerla, y la vi: tenía grandes ojeras, no llevaba maquillaje y su ropa, antes lujosa, se había reducido a pantalones negros, una blusa floreada y un saco simplón de tonos grises. Se veía desganada.

—¿A dónde? —le pregunté, una vez que mi mente me permitió centrarme en su pregunta y no en su aspecto.

—Al parque —dijo a secas. Se refería al Parque Roundwood, a diez minutos de ahí a pie.

—Está lloviendo —le contesté, arrugando el rostro.

—Acompáñame —insistió. ¿Cómo decirle que no a la pobre? Además, no era un barrio precisamente seguro. Lo mejor era acompañarla.

—Voy. Déjame ponerme mi chamarra.

—Bien —su sonrisa fue suficiente recompensa para apresurarme a ir al pequeño closet de la habitación y coger mi chamarra marrón y el paraguas.

Cogí la llave de la habitación y me la guardé en un bolsillo de mis desgastados jeans. Después, bajamos por las estrechas escaleras y atravesamos el bar, que estaba tan lleno que se nos dificultó salir, pero finalmente en la calle, tomamos un breve respiro por el brusco cambio de aires, y llevando a mi madre del brazo, nos encaminamos al parque. Para entrar, tuvimos que rodear el Cementerio Willesden por Pound Lane, para finalmente dar la vuelta y llegar a Harlesden Road, donde se hallaban las rejas negras que daban acceso al parque. Fue una caminata silenciosa. No fue incómoda ni nada. Sólo fue silenciosa. También estaba solitario el parque. Sólo de vez en cuando pasaba algún corredor usando impermeable, pero poco más.

—Allá estará bien —dijo mi madre cuando avistamos el pequeño kiosco ubicado en medio del parque—, quiero ir ahí.

Obedecí, y la seguí. Luego de guarecernos de la lluvia, mi madre se recargó con ambas manos en el barandal metálico, mirando con nostalgia hacia los árboles. Mientras tanto, yo cerré el paraguas y lo colgué del barandal, para luego situarme a su lado. Tardó varios minutos en volver a hablar, pero cuando finalmente lo hizo, eligió unas palabras que no me hicieron gracia alguna:

—Heis, ya eres un hombre, y ahora que tu padre no está, mi deber es confiar en ti en un cien por cien, porque somos todo lo que tenemos. ¿Lo

entiendes?

Yo sólo podía mirarla con una mezcla de tristeza por lo sucedido y miedo por lo que diría, pero asentí, al tiempo que un leve nudo en mi garganta se gestaba como producto de ver en mi madre señales de que quería ponerse a llorar.

—Bien. No me andaré con rodeos. Hijo, la policía cree haber encontrado una pista certera acerca de quién pudo haber sido el responsable de la muerte de tu padre.

La adrenalina se disparó en mi cuerpo cual corcho de una botella de vino.

—¿Tan pronto? ¿Qué encontraron? ¿Quién fue? —le pregunté ansioso, sin darme cuenta de que mis dientes chirriaban de lo fuerte que apretaba la mandíbula.

—Todo apunta a que fue el mismo sujeto que los medios tienen fichado como "Editor Fantasma".

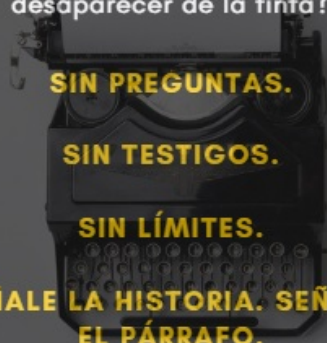
—¿Perdona? —no lo pude creer la primera vez que lo oí. Ya había visto ese nombre antes, en las portadas de los periódicos, en especial, en The Times, pero no sabía nada sobre eso. Sin embargo, ya me daba la impresión de que el supuesto Editor tuviese algo que ver—, ¿Cómo están seguros de que fue ése tipo? No me parece que estén relacionados en absoluto.

—Encontraron un afiche en uno de los cajones del escritorio de tu padre. Se anuncia como un modificador de escritos. No me dieron el original, pero consiguieron uno para dármelo como muestra, en caso de que pasase algo... —entonces, vi a mi madre extraer un arrugado papel doblado en ocho partes que desdobló con algo de torpeza porque traía sus guantes de piel, así que me ofrecí para ayudarle—, gracias hijo.

Al extender el cartelillo en mis manos, pude leer a la perfección:

¿Harto de los clichés?

¿No sería maravilloso poder purificar un escrito con sólo señalar aquel elemento indeseado y hacerlo desaparecer de la tinta?



VÉALO MORIR, SIN IMPORTAR SU AUTOR.

¿Tiene un objetivo para mí? Entonces, búsqume donde el tiempo converge con el cielo. Y recuerde: "La pluma dicta el punto".

—¿Lo llaman Editor Fantasma por esto? —la miré con escepticismo, señalando el papel con desdén—, no me parece muy convincente. A leguas se ve que esto podría ser una completa estafa, ni siquiera está bien hecho.

—Bien hecho o no, lo cierto es que es muy posible que tenga algo de verdad —aseveró mi madre, sin perder la seriedad en su mirada—. Por lo que me compartió la policía, han recibido reportes de que varios escritos han cambiado por párrafos enteros, e incluso, novelas completas se han visto modificadas...

—¿Cómo? ¿Acaso se mete a las casas a modificar cuentos? No lo sé, mamá. Me parece que esto no es una verdadera pista —le dije con frustración—. Ni siquiera tiene una dirección o un número de teléfono. ¿Cómo habría contactado mi padre con este estafador de todas formas? Sé que él era brillante. No se metería en problemas sólo porque sí. Seguro se lo dieron en la calle y lo guardó por la gracia, pero nada más. Ahora, sólo puedo pensar que Scotland Yard no está trabajando con la

objetividad necesaria.

—Tal vez —mi madre ya mostraba signos de duda—, pero me dijeron algo más. ¿Recuerdas a Bryan Hartley?

—¿El adversario declarado de mi padre? Sí, cómo olvidarlo —resoplé con cierto agobio.

En el pasado, mi padre me había llamado a su estudio, y me hizo escucharlo leer en voz alta los escritos del señor Hartley, señalándome cada tres reglones todos los clichés que utilizaba, los vagos recursos narrativos, la poca complejidad de la historia y lo mal usados que habían sido usados los cánones de la literatura fantástica. Tuve que decirle que se había obsesionado. Le dije que compararse con otros escritores no era sano para él ni para nadie, pero al hacerlo, sólo me gané una mirada acusatoria. Ya no acudió a mí luego de eso.

—Pues, verás, me lo encontré en la comisaría, junto a varios sujetos que se presentaron como sus editores de la Editorial New-Word Press.

—¿Y eso por qué?

—Fueron a reportar un incidente imposible. Su más reciente novela, "Las Crónicas del Hacedor de Ceniza", fue publicada hace unas semanas...

—Lo sé —la interrumpí con desaliento—, cuando papá adquirió la copia, no salió de su estudio en dos días, y para cuando lo hizo, ese libro estaba deshojado, y él, destrozado.

—Sí. Fue una temporada difícil. Verás, el final de la novela fue alterado. Ahora... —de su bolso de mano, extrajo una copia del libro que recién mencionó, pero se veía muy maltratado para ser nuevo.

—¿Por qué está así?

—Este es sólo uno de tantos ejemplares que llevó a la comisaría. Imagino que lo hojeó para ver qué más había sido cambiado, no lo sé. Le pedí que me prestara una copia, y él, en atención a lo que apareció escrito, me lo regaló.

—No entiendo.

—Lee el final.

Eso hice. Sostuve el libro con una mano y me salté todas las hojas hasta llegar al final, justo en la última página. En efecto. Ahí figuraba un fragmento que parecía inconexo, como si ese pedazo de historia hubiese sido pegado. Relataba, en primera persona, cómo un hombre había

decidido mandar a su anciano cliente hacia el interior de la novela que éste mismo le había hecho alterar, exponiéndolo al aliento de un dragón tan grande que era imposible verle el rostro completo a menos que se estuviese a centenares de metros a lo lejos. Por si fuese poco, el último párrafo decía:

Como un gesto sobrio e intencionado, trasladé el cuerpo de mi calcinado cliente a la morada donde su familia le esperaba. Podré ser un canalla, pero no un insensible. Espero que, con esto, quede demostrado que hablo en serio. La literatura ha tenido eminentes figuras, y es cierto que las has enaltecido con virtud, pero esto... publicar autores que osan acribillar al bello arte literario con sus blasfemias estereotípicas, permitiéndose reciclar conceptos ajenos para forrarse y alcanzar la gloria... por dinero, es imperdonable. La literatura era un arte... y la convirtieron en una vil puta barata. ¡Eso no lo permitiré! ¡No seguiré tolerando tales agravios, y por tanto, le declaro la guerra a los tópicos! ¡Iré tras cada personaje trillado, cada riña ridícula, cada Deus Ex Machina y tras cada romance estúpido y superficial que existe, hasta que no quede nada! Ah, eso incluye a sus autores, así que... preparen sus hechizos, alisten los cañones, enciendan las antorchas, caven sus trincheras y ensillen los caballos, porque les haré pasar un infierno digno de convertirse en epopeya.

Leer aquello me dejó perplejo. Lo de mi padre había sido hacía unos días. ¿Cómo ese libro había conseguido describir la muerte de su padre con tanta antelación? Era incapaz de comprenderlo, pero sí sabía algo: mi padre había sido usado como señuelo para atraer la atención de la prensa. Y a juzgar por el resultado, lo había conseguido. Y consiguió algo más: un enemigo. Iré tras él. Mataré al hijo de perra que se atrevió a matar a mi padre. Oh, dios mío. El asesino de clichés me había convertido en uno. ¿Eso me convertía acaso en su punto de mira? Eso deseaba. En verdad, cómo lo deseaba...

Capítulo 3

3.

Habiendo captado la atención de los medios, actuar me resultaría más divertido. No sería fácil, pero sí que sería divertido. En eso pensaba mientras terminaba de redactar los hechos con mi último cliente la noche anterior, guiándome por lo que ya había sucedido para traspasar los hechos al pie de la letra. Para hacerlo, ni siquiera salí de mi casa, con tal de no manchar mis recuerdos con la basura del exterior. En su lugar, preferí quedarme en la seguridad de mi estudio, con mi pluma, mi libreta y mi vaso de whisky sin tocar. Me lo serví más como un gesto de cortesía hacia mi invitado que por gusto a la bebida. La misma bebida que mató a mi padre.

—¿De verdad necesitas escribir algo que ya ocurrió? —me cuestionó Ethan, mi hermano y compañero de copas, quien meneaba su trago mientras que, sentado en mi sillón preferido, miraba a la chimenea con las piernas cruzadas con un gesto de falsa excentricidad—, es decir, hermano, si ya pasó aquello, no tienes que hacerlo...

—Tan equivocado como siempre —le contesté, sin apartar la pluma del papel, procurando no enfadarme por ver su trasero en mi sillón y no en el de invitados—. Es una cláusula que debo cumplir a rajatabla; si la realidad se distorsiona, es porque en el futuro yo ya escribí lo que sucedió. Debo cerrar ese ciclo en las próximas veinticuatro horas, o las ediciones que le hice a la realidad no se conservarán, generando un rebote de eventos que no sería muy agradable de presenciar. Además, estoy continuando el relato. Debo terminar de escribir el futuro, y de sellar el pasado. Mi vida depende de ello.

—Cómo te ha consumido ese trabajo, hermano —suspiró, dándole un leve trago a su bebida, al tiempo que el tintineo de los hielos en su vaso me taladraba la mente.

—¿Qué quieres que te diga? Es lo único que sé hacer bien.

—También pudiste ser abogado, como nuestro padre, pero no. Tenías que tirar tu tiempo con ese grupo tuyo, esa odiosa secta... que te convirtió en... eso que eres —me señaló despectivamente desde donde estaba, con una mirada decepcionante.

—No era una secta... Pero ya, olvídale —arrugué el ceño en señal de molestia, pero no aparté la mirada de mi escrito—. Ellos ya no existen. No merecían existir. Se convirtieron en un despropósito cuando actuaron

como lo que querían destruir —aún cuando hablaba con la verdad, tenía que admitir que esa declaración me fue aberrante, porque me recordó que los clichés por algo se llaman así.

—¿Y qué hay del anciano que carbonizaste la noche pasada? ¿Quién te dio la potestad sobre las vidas humanas? Matar personajes es infantil, pero pasable, porque no existen en la vida real, pero hombre, hablamos de que hace unas semanas dejaste desamparada una familia. Eso sin mencionar que todo el dinero que les correspondía está en tu cuenta bancaria.

—Lo tengo muy presente.

—¿Y eso de qué sirve si no harás nada? Por poner un ejemplo, podrías devolver la paga en señal de buena voluntad, ¿Sabes?

—Me rehúso —le contradije, fastidiado por lo moralista que se comportaba una vez tomaba más de dos copas—. El hombre tomó su decisión. Si a él no le importó su familia, ¿Por qué a mí sí? De todas formas, no es como si estuviera perdiendo el tiempo; hago cientos de bocetos a diario para ver cuál es la mejor trayectoria, y eso me obliga, entre otras cosas, a tener a esa mujer y a su hijo vigilados y sin morir de hambre.

—Estás llevando esto demasiado lejos. ¿Qué te costaba limitarte a los libros? Cambiar la realidad...

—La realidad es un maldito cliché, y eso te incluye, hermano —exploté, azotando mi mano con todo y pluma contra el escritorio de mi estudio. Ethan dio un leve brinco en el asiento y casi derramó su bebida. Cómo me habría gustado que arruinara su trajecito, pero luego pensé en mi amado sillón. Una gota de alcohol sobre él, y habría vertido los cinco litros de la sangre de Ethan en el inodoro—... Escucha. La única razón por la que no me he desecho de ti es porque eres hijo de nuestra santa madre, porque de lo contrario, habría sacrificado la mitad de mi alma sólo por verte esfumarte.

—Ni te molestes en sonar amenazante. Sé lo que eres capaz de hacer y aun así no te temo. La verdad no me importa lo que me ocurra a mí, porque al menos yo ya estoy realizado; una bella esposa, hijos con carrera, un buen trabajo que ya ni requiere de mi presencia para generarme ganancias, una modesta casa de tres pisos y la disponibilidad para venir a visitar al único error con patas de nuestra rota familia.

—Bah. Nimiedades materialistas. Te aferras a cosas que bien podrían desaparecer con un desliz de mi borrador.

—Lo que sea. ¿Y en qué trabajas ahora?

—¿En verdad preguntas por curiosidad o porque crees que tenemos que hablar de algo mientras estás ahí, sentado cual magnate pusilánime?

—Curiosidad, hermano. Sólo curiosidad...

Tras un largo y pesado suspiro que le dediqué con todo mi ser, me animé a contarle. Eso sí, sin parar de escribir.

—Debido a la declaración que hice en el libro de Hartley, ahora toda la policía está buscándome. Mis afiches están siendo retirados de toda la ciudad y han hecho un llamado general para que provean información que conduzca a mi captura. Mi siguiente movimiento debe ser hacia otro libro reconocido, pero sin un cliente que me ofrende su sangre, no podré hacer nada.

—Suenas trillado, si me lo preguntas.

—Silencio. Hay tópicos que son imposibles de erradicar. Al menos, de momento.

—¿En verdad piensas acabar con todos los clichés del mundo?

—Sí. Con todos.

—¿Y cuántos fragmentos de alma has usado? Imagino que ya llegaste a los mil, ¿O no? Porque tu alma no muestra señales de existir.

—Estaría muerto, idiota. Llevo gastados novecientos quince en total.

—Ajá, ¿Y cuántos te quedan?

—Doscientos. Gracias al sacrificio de mis últimos clientes, logré recuperar unos cuantos. Por desgracia, sólo han acudido a mí personas con un muy escueto nivel espiritual. Apenas me retribuyeron un par de decenas de fragmentos. Y si quiero lograr mi objetivo, necesitaré ayuda de un alma fuerte que sea capaz de cambiar más que unas horas de la realidad.

—Conmigo no cuentas. Quiero que el Señor reciba mi alma entera, no unas míseras rebanadas podridas.

—Dios no existe, y si acaso así es, en todo caso soy yo.

—¿Ya te crees Dios, hermano? En verdad que necesitas ayuda. No te haría mal venir con nosotros a la iglesia un domingo. Sirve que convives con gente real, y no con los clichés que tanto odias.

—Estoy bien. No me interesa la vida de la gente...

—Por eso estás solo —dijo en tono burlón, levantándose para comenzar a pasearse por el estudio, ojeando mis libros. Casi sentí que los ensuciaba con la pura mirada.

—Disfruto mi soledad —afirmé—. No me imagino tener que cuidar de vástagos mientras tengo la responsabilidad de llevar a cabo un trabajo más grande que yo mismo.

—Esa frase me demuestra con creces que no has congeniado con más que una decena de personas en tu vida y que no estás preparado para vivir realmente.

—Eres un pesado, Ethan. ¿Quieres acabarte tu puto trago y dejarme trabajar? Llévale tus sermones a tu mujer, que es la única que los escucharía de rodillas.

—Cuidado, hermano. Con mi esposa no te metas —antes de darme cuenta, Ethan sostenía el viejo revólver que guardé en el cajón de la mesita central donde estaba el whisky, y me apuntaba con él por la espalda—. Que seas mi hermano no implica que tengas mayor importancia que mi familia.

—No dispararás.

—¿Cómo estás tan seguro? —susurró con furia contenida, quitándole el seguro al arma.

En el acto, la pistola se convirtió en el pene amputado de un caballo, cosa que asqueó a mi hermano hasta hacerlo gritar tan agudo que creí que era un castrato. Soltó el miembro animal con tremendo asco, pero antes de que el trozo de carne cayera sobre la alfombra, éste se transformó en un delicado pañuelo blanco que cayó con gracia y suavidad en el suelo.

—¿Ves? —le dije con una sonrisa infantil, sin voltearlo a ver—, el futuro está de mi parte. Yo estoy escribiendo el pasado, y tú estás en mi relato. Mejor vete, antes de que haga algo más contigo.

—Eres un... ¿Sabes qué? Como quieras, Brandon —atendiendo por primera vez a mis palabras, mi hermano se terminó su trago de una, y azotó el vaso con hielos sobre la mesa ubicada en medio de los dos sillones, al lado de la botella. Escuché el vaso crujir.

—Era el vaso de papá —le dije con aires irónicos.

—¡Pues repáralo, señor dios, o multiplícalo en mil, o vuélvelo de

diamante! ¡Haz lo que se te antoje, estúpido!

—Relájate. No desperdiciaré mi alma en un triste recuerdo.

—Tú... eres un caso perdido —se encaminó con pies de plomo hacia la puerta, imaginé que con la intención de astillar el piso laminado bajo sus pies.

—Cierra la puerta al salir —le indiqué, volviendo a repasar el texto en busca de alguna falta de ortografía, así como alguna incoherencia en la historia. Un error pequeño podía convertirse en una amalgama de problemas futuros, y lo que menos quería era verme obligado a arrancar una página de la historia y rehacerla. Era muy engorroso, además de ser un desperdicio de fragmentos de alma.

—Carajo... Brandon, no quiero irme así —dijo con frustración—. Es sólo que me molesta que hables como si fueras superior a los demás sólo por poder reescribir los hechos.

—Soy superior —afirmé—. Si te niegas a reconocerlo, es porque eres dependiente de tus creencias vacías y tu mente no puede entender mi labor.

—Ya ni siquiera intentaré discutir. Y... ¿Qué es lo que sigue, hermano?
—me preguntó desde la puerta del estudio. Con el rabillo del ojo, pude ver su rostro de decepción, y en el fondo, sentí enojo, pero también pena por él.

Nadie peor que yo para ser su carga. Pero no podía callarme. Era una necesidad. Rebatir sus sermones era lo único que había sabido hacer desde que tenía memoria. ¿Por qué cambiar a estas alturas?

—He previsto la llegada de varios clientes —le dije con entera confianza de que, pese a que no nos llevábamos muy bien, al menos él sí era bueno guardando secretos—. Sé que muchos no simpatizarán con mi postura, pero te aseguro que habrá al menos un uno por ciento que sí lo hará. Y vendrán a mí, ansiosos de negociar la muerte de otro cliché. Vendrán...

—¿Cuántos más morirán?

—¿Clichés?

—Personas.

—No lo sé, ni me importa. Los que surjan. Y cuento con que tú no dirás ni pío, porque de ser el caso, me iré sobre tu familia, y sabes que sólo ocupo de mi pluma para obligarte a arrojarlos al Támesis. No ocupo sus nombres

ni sus rostros.

—Ya, ya entendí. Sólo... ten cuidado de no vender toda tu alma de golpe, ¿Sí? No sé mucho de ese convenio que tienes, pero será mejor que no te confíes. Una deidad que ama divertirse manipulando la realidad puede ser igual de peligrosa que un fanático dispuesto a satisfacerla.

—Lo tendré en mente.

—Adiós, Editor Fantasma —dijo en tono burlón.

Odiaba ese nombre, pero no podía hacer nada al respecto sin tener que sacrificar medio millar de fragmentos. Así me decían en los medios. No era muy de mi agrado, pero sí que describía —escuetamente, debo decirlo— mi oficio.

—Bah, ya lárgate —le dije con un ademán.

Una vez que confirmé de oído que Ethan había abandonado mi casa por completo, me vi tentado a cambiar algo de lo ocurrido, pero no me quise arriesgar a perder otros diez fragmentos a lo estúpido. Era una charla humana, la primera que había tenido en meses. Mejor conservarla como tal, aún con los cambios que hice para evitarme una bala en el espinazo. Ahora, lo que me atañía era asegurarme de que los siguientes clientes que viniesen no le dijese nada a las autoridades. Si lograba obtener al menos cincuenta fragmentos de paso, sería ganancia. Además, tenía unas ganas tremendas de volver a matar a un cliché. Lástima que mi sangre no era moneda de cambio para ingresar a un libro y hacer yo mismo el trabajo.

Bueno, qué se le iba a hacer. Después de todo, un prospecto muy prometedor había surgido en mi narrativa, y aunque lo convertí en un cliché en el proceso, lo cierto era que aquel típico niño emberrinchado con el asesino de su familia que haría lo necesario para hacerme pagar me haría muy divertido el panorama. Al menos, hasta que le tocase convertirse en la ofrenda para mis fines.

FINIS FINITUM.

Capítulo 4

4.

El melódico sonido del timbre me llenó el corazón de regocijo y emoción. Al fin, un cliente. Ya había comenzado a preocuparme, pues habían pasado unas semanas de que hice mi osada declaración pública, y temí haber alejado a mis posibles contratistas. Menos mal, no había sido así. Esta noche sería divertida.

Crucé el umbral con rapidez, mientras mi bata de dormir se convertía en un pantalón de vestir con camisa formal, mis pantuflas se volvían zapatos negros bien boleados y mi desdeñosa barba se afeitaba hasta dejarme la piel tan lisa como la seda. Y sí, aquel acto mágico me pareció más que una confirmación de que esa noche no sólo sería recompensado con un pago gordo, sino que también habría algo de acción en la vida real. Cuánto ansiaba comenzar.

Abrí la puerta con la mayor tranquilidad que pude, intentando ser solemne en cuanto a la naturaleza del acuerdo que estábamos por establecer. El cliente resultó, ésta vez, ser una bella mujer de cabellera rojiza, delicada piel pecosa y unos ojos grises dignos de la envidia de la plata en la fina joyería de mi santa madre.

—Bienvenida, señorita Campbell. Venga, tome asiento. ¿Le ofrezco algo de beber mientras espera?

—Sí, por favor —dijo con gesto prudencial, a la vez que se quitaba los guantes y los guardaba en una bolsa del elegante abrigo negro de cuello esponjoso que cubría su delicada figura, remarcada por un traje formal de pantalón, saco y blusa blanca tan pulcros como sus zapatos de tacón a juego.

Al mirar por encima de su hombro, noté la presencia de una limusina estacionada en frente de mi casa. Ya pensaba yo que una mujer de tal aspecto no se habría tomado el tiempo para caminar hasta aquí con tacones, y menos en una noche tan fría como esa.

—Por favor, acompáñeme a mi estudio —le dije una vez colgué el abrigo en un perchero que tenía instalado en la entrada, haciéndole una cortés invitación con la mano extendida, indicándole el camino—, ¿Quiere que guarde su bolso?

—No, el bolso no —dijo con seriedad, aferrándose a él de forma casi instintiva. Qué vulgar. Ni que fuera a robarla. Aunque claro, no resultaría

tan difícil. Bastaba con escribir que el contenido del bolso... no. Mejor no. Eso no lo escribiré. Más vale que mi yo del futuro recuerde eso. No robaré a esta mujer.

El sonido de la planta de sus tacones pisando mi alfombra fue un tormento que apenas y soporté callar, pues eso fue prueba de que la mujer dudaba de la pulcritud de mis aposentos. Qué mujer tan vulgar. Elegante, pero vulgar. Alguien debería enseñarle modales, me permití pensar. Pero, no podía anticiparme. Conforme transcurriera la velada, ya vería en qué acababan las cosas.

Una vez entró en mi estudio, escuché un primer suspiro que, intuí, se debió a la impresión que se llevó al entrar en un estudio plagado de libros. Mínimo, ese sitio era uno de los escasos motivos para sentirme orgulloso.

—¿Todos estos libros ha leído? —se preguntó la señorita, que no rebasaba los treinta años, mientras recorría el cuarto con fascinación.

—En efecto —le dije, mostrándome humilde, aunque por dentro ya me sentía como pavo real—, cada tomo aquí presente se ha ganado su lugar luego de deleitarme con su contenido. Obras tan prominentes como Don Quijote, de Cervantes, Naná, de Emilio Zolá, Papá Goriot, de Balzac, Marianela, de Galdós, El Violín de Rothschild de Chéjov y Guerra y Paz, de Tolsói, pasando por Azul de Darío, obras de Amado Nervo y Gutiérrez Nájera, hasta las de la época del vanguardismo del siglo XX, como Aura, de Carlos Fuentes, Mario Benedetti con su obra La Tregua, hasta García Márquez, con Cien Años de Soledad. Eso sin mencionar las demás obras, pertenecientes a autores más pequeños y humildes, pero que se ganaron su justo lugar en mi colección.

—Supongo que ya debía haberlo visto venir, dada la enrevesada manera de ponernos en contacto. La rosa de viento en mi puerta, por cierto, fue un detalle encantador —dijo la mujer, mirándome por encima del hombro con picardía—. No sé cómo hace ese tipo de cosas, pero es casi mágico.

Yo sólo asentí con cortesía. No había hecho nada de eso aún, pero no sería difícil hacerlo realidad. Me bastaba con dictaminar, en el futuro, que ella recibió una rosa con la dirección exacta, y que se esfumaría en el aire en cuanto llegase al frente de la casa. Esa clase de detalles sólo los sabría mi versión del futuro. Saber que yo mismo me estaba cuidando era alentador, y un incentivo para actuar con confianza.

—Disculpe, señorita —le dije, aclarándome la garganta—, apuesto a que querría echarle un vistazo a mi estudio y alimentar su alma con el ansiado conocimiento, pero yo he de suponer que alguien como usted habrá acudido a mí por motivos de mayor peso. Y siendo ese el caso,

recomendaría comenzar lo más pronto posible.

—¿Acaso le represento una molestia o una pérdida de su amado tiempo? —preguntó la señorita, esbozando una sonrisa que, junto al arqueado de sus cejas medianamente pobladas, hicieron de su rostro una angelical muestra de que la belleza podía expresar intriga e incredulidad.

—Claro que no. Es sólo que no quisiera yo decepcionarle, por lo que insisto en que tome asiento, y me cuente acerca del encargo que tiene para mí.

—Como guste, señor...

—Singh. Brandon Singh.

—De acuerdo, señor Singh.

La señorita tomó asiento en mi asiento y se puso su bolso sobre el regazo, aunque no pude reprochárselo; el sillón que eligió era el que se veía más fino de los dos, así que resultaba obvio que ese era el que iba a elegir. Sin embargo, un pequeño tic asoló mi ojo izquierdo, y en lo que me mentalizaba para soportar que hubiese alguien más sentado en mi sitio, me serví un vaso de whisky. Cuando por fin tomé asiento frente a la chimenea, ella me dirigió una mirada seria.

—Le cuento, señor Singh, que me intrigó mucho enterarme de su reciente declaración de guerra... y siendo honesta, al leer semejante cosa, creí que era más... joven.

—No he pasado tantos inviernos como aparenta mi rostro, se lo puedo asegurar —le dije con cierta comicidad—. Es el agobio de la incompetencia literaria lo que me tiene en vela a diario, y la constante idea de que en mí recae la posibilidad de llevar el mundo de las letras por un mejor rumbo cobra gran factura en este cuerpo mortal... pero dejémonos de nimiedades. ¿Cuál es su petición?

—Quiero que cambie la historia de cierto libro —ella abrió su bolso y de él extrajo un tomo al que le calculé, a ojo, seiscientas páginas—... tenga.

Al recibir el libro, le di un rápido vistazo a la portada. "El Reino Perfecto", de Gilbert Williams. Jamás había oído de ese autor, pero ya había visto el nombre en un apartado del periódico en la sección de cultura. Fue tachado como un libro misógino por los pocos críticos que la leyeron. Ya era una mala señal. Si el libro no tenía renombre, el impacto de su cambio sería menor, pero claro, eso dependía de la naturaleza del encargo. Pero, antes de proceder, debía tener un contexto.

—Explíqueme qué relación tiene usted con el autor, qué cambios quiere que efectúe y lo que espera conseguir cambiando la historia que tengo aquí —le pedí, agitando el libro que sostenía en alto.

—¿En verdad debo responderle? —se le veía un poco incómoda. Su lenguaje corporal gritaba por guardarse algunas cosas.

—Es crucial para decidir si lo haré o no.

—Bien. Debo empezar por el hecho de que el señor Williams es mi... mi prometido.

¿Qué? ¿Estaba comprometida? Casi me dio por mandarla fuera, pero al recordar la limusina, supe que o ella era muy rica por méritos propios, o su prometido la consentía lo suficiente antes del matrimonio para tenerla sometida el resto de su vida. En cualquier caso, esa mujer tenía acceso a una importante fortuna. Más valía atender su solicitud.

—Comprendo. Felicidades a ambos —suspiré con pesadez. No lo pude evitar, me sentía desanimado—. Ahora bien, ¿Qué quiere que le haga a la historia?

—Quiero que asesine al protagonista, desde el principio. Destruya la historia —por la cara de la señorita, resultaba obvio que le tenía alguna clase de rencor.

—Matar al protagonista... dependiendo de la trama, eso puede resultar en una diferencia mínima en el desarrollo, o en casos más probables, el fin de la novela como tal. ¿Lo entiende?

—Por supuesto que lo entiendo.

—Entonces, me toca preguntar, ¿Qué motivos podría tener para que yo acceda a hacer semejante cosa?

—La protagonista de esa historia se supone que soy yo —explicó con desagrado—. Me tiene ahí con otro nombre, pero la descripción física y la personalidad en general es virtualmente la misma.

—Eso yo lo vería como un halago, si me lo permite.

—¡Ni dea tiene de lo que trata la historia! ¿O sí?

—Honestamente, no. Cuénteme, pero con calma. Sepa usted que estas preguntas son sólo para entender qué pretende, y no con tal de disuadirla, sino para orientarla en la mejor decisión que nos conduzca a lo que usted

aspira lograr. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí —dijo, con un dejo de exasperación.

—Excelente. Ahora, explíqueme lo que quiere hacer. ¿A dónde quiere llegar?

—Como ya le dije, en esa novelucha soy la protagonista. Según palabras de mi prometido, iríamos de vacaciones a Venecia para la luna de miel, pero luego me salió con ese... ese pedazo de insulto, y me dijo que ese era mi regalo de bodas. ¿Se lo imagina? ¡Mi regalo de bodas! Créame, soy fanática de la literatura, y eso bien que lo sabía Gilbert, pero... este trabajo, ¡Dios, no puedo permitirme siquiera ser asociado con él! ¡Es simplemente un insulto a lo que una mujer representa! Escribió seiscientas páginas de una chica supuestamente fuerte e independiente que sobresale del resto de sumisas de la sociedad y que quiere liberarlas de un imperio machista y opresor que sólo las ve como encubadoras con piernas y máquinas de aseo, pero en su lugar, lo único que hace es ascender en la escala social ofreciendo su cuerpo para convertirse en la esposa del gobernante, y como ya tiene privilegios, asesina a su esposo y toma un puesto de poder con el que no sólo no cambia la dictadura en que vivían, sino que la empeora para que su estilo de vida individual mejore, y como un arreglo al zafarrancho que armó intentando dirigir esa absurda nación, emerge un hombre todo perfecto, musculoso e inteligente que la enamora y la hace mejor persona y mejor gobernante... ¡Es el colmo! ¡¿Cuál es el mensaje ahí?! ¿Que una mujer no puede gobernar? ¿Que somos unas malditas brujas egoístas que sólo serán felices y perfectas con un hombre al lado? ¡Es completamente estúpido y risorio!

—la mujer se tomó un momento para respirar hondo, pues su frustración hizo que su rostro se pusiera colorado—... Lo tuve que leer todo para saber el alcance de las estupideces que venían escritas ahí, pero luego de hacerlo y ver que mi nombre completo está en la dedicatoria del principio... el amor que le tenía se esfumó. Ahora, seré recordada como la inspiración de una protagonista patética que lleva al mundo a su declive hasta que las hormonas se le disparan y descubre que no puede ser buena sin un pene que la consuele.

—Oh... —mi sorpresa se vio reflejada en mi ceja arqueada, a la cual ni siquiera tuve que ordenarle nada para alzarse sobre mi frente. Eran declaraciones fuertes, aún viniendo de una dama—. Entiendo. Dígame algo, ¿Acaso el libro fue autopublicado? —ya sabía la respuesta. Ninguna editorial, respetable al menos, se atrevería a publicar algo que sonase remotamente así.

—Sí, en efecto. Autopublicado. Ah, y todavía no le cuento de las faltas de ortografía... ¡Si lo hubiera escrito un crío de ocho años, a lo mejor podría tolerarlo, pero hablamos de un viejo de treinta y ocho! Y según que él fue

a la universidad... tengo la impresión de que en eso también me engañó.

—Ya —ahí estaban, de nuevo, las innecesarias revelaciones personales de la frustrada clientela. Tal vez debí hacer más difícil el acertijo, y que acudieran sólo personas con un mínimo sobresaliente de sentido común. Omití lo último que dijo, y me centré en lo que me atañía a mí—. Una autopublicación es el equivalente a una flagelación pública, esperando a que te paguen por tu propia humillación. Al menos, así sucede a menudo. Algunos escritos han tenido buena recepción en ese proceso, pero para ello la obra tiene que ser muy buena, o la publicidad muy bien financiada. Y en ocasiones, ni así.

—Pues él invirtió en publicidad, pero lo cierto es que apenas consiguió que un par de críticos literarios calificaran su libro, lo que provocó que vendiera menos de cincuenta ejemplares. El problema es que financió más de diez mil, que se empolvan en una bodega en estos momentos. De ahí mi enfado...

—Déjeme ver si entendí. La novela fue un fiasco por sí misma. Pero eso no es lo único que le molesta. Lo que le enfada es que el señor Williams haya hecho una novela pésima con una historia ridícula y que, aparte de usar su nombre para inmortalizarla con semejante truño de planteamiento, también haya gastado los fondos con los que iban a irse de luna de miel en producir diez mil copias más de lo mismo.

—¡Exacto!

—¿Ha considerado el anular la boda, como mínimo? —no me incumbía, claro, pero pensé que esa mujer, al haber resuelto el acertijo para llegar a mí, sería igual de brillante para sus propias decisiones personales.

—¿Considerarlo? ¡Hoy mismo lo dejé! —señaló la mujer—. No puedo permitirme el error de casarme con un hombre que piensa de esa manera y, peor, que está en la quiebra por tirar sus ahorros en ese asqueroso proyecto. Una ilusa tendría que ser para dejar que ese machista toque un centavo de mi herencia.

¿Intereses económicos en el matrimonio? Oh, quién lo hubiera pensado. Por un instante, me sentí decepcionado de que esa noche no fuese a ser productiva en absoluto, pero supuse que no todos los tópicos por asesinar estaban escritos en tinta. Fue entonces que se me ocurrió hacerle una propuesta que me daría algo de entretenimiento, pero se la haría luego de evaluar yo mismo la obra que me había traído. De todas formas, para eso había venido.

—Disculpe, pero no sé si sirva de algo cambiar la novela —le expliqué—. Es decir, un cambio como el que pide se daría con la intención de bajar sus ventas, pero si la historia es tan absurda como la describe y los

críticos la han pisoteado, entonces ya puede tener por seguro que nadie invertirá un solo duro en ella y que, por tanto, casi nadie conocerá su nombre...

—¡Ya sé, pero el problema es que yo estoy en esa historia! ¿Entiende? ¡No quiero estar en esa maldita historia! Con mi nombre en la dedicatoria, y mi descripción en el lugar de un personaje basura... mi imagen pública se verá dañada —se veía al borde del llanto—... sólo quiero no tener nada que ver con él, y de hecho, preferiría que estuviera muerto, así no podría seguir escribiendo sandeces tan grandes y ofensivas. Ya no puedo imaginarme una vida con él. No puedo imaginarme criando a mi hijo con Gilbert a mi lado... no quiero eso —al sobarse el vientre, resultó obvio que estaba embarazada.

Ella tenía casi tres meses en cinta, porque apenas y se notaba. Eso, en cierta manera, explicaba tanto sus ojeras como su ansiedad. Quién lo habría dicho. Estaba tan desesperada, que no le importaba quedarse sola y dejar al pequeño bastardo sin padre, a cambio de mantenerlo a salvo de la misoginia de su progenitor. Admirable. Admirable y... una pena.

—Comprendo perfectamente. Quiere dejar de tener algo que ver con él, tanto en la vida real, como en el absurdo mundo distópico que pintó su ex prometido. Todo por el bien de su familia.

—Sí...

—No se diga más. Le ayudaré.

—¿En verdad?

—Así es, le ayudaré a limpiar su nombre. Pero, antes que eso, tengo que leer el libro...

—¿Está loco? Ni se moleste en leerlo. Es un desperdicio de tiempo.

—Debo estudiar este "desperdicio de tiempo" para ver la mejor manera de abordar la historia y decidir con cabeza lo que haré al respecto. Cuando termine, no sólo su nombre y su imagen habrán desaparecido de estas páginas, sino que el señor Williams no venderá una copia más, y los que ya tienen una, pedirán un reembolso. ¿Qué le parece?

—Adorable —se le veía con un gesto tan pacífico, que por un momento dudé que se tratase de la misma histérica de hace rato—. Le agradezco. En cuanto al pago...

—No se preocupe por el dinero ahora —le interrumpí—. Mi tarifa varía en cuanto al país de procedencia del texto, el volumen del trabajo y por cada ejemplar existente, así que, en este caso, dado lo sencillo que resultará, le

costraré un penique por cada tomo en físico que existe.

—¿Cien libras a cambio de limpiar mi imagen y dejarlo quebrado de forma definitiva? —exclamó, perpleja—, usted es una bendición.

Era una extraña declaración. ¿Acaso esa mujer, con su acomodada posición económica, ignoraba las noticias respecto a mí? Resultaba ilógico... no, ella sabía perfectamente quién era yo. La pregunta era: ¿Qué la motivó a buscarme, pese a la reputación que yo tenía? La pregunta, en esos instantes, sobraba. Quizá, luego podría formularla.

—Por favor, señorita, modérese. Ahora, póngase cómoda, y espere en lo que termino la lectura.

—Pero son seiscientas páginas —señaló con incredulidad—, le tomará al menos un par de semanas terminarlo, ¿O no? Sería mejor si volviese cuando lo haya leído...

—Señorita, Don Quijote pasó por estas manos y terminó su recorrido en tres horas. Dudo que un libro con menos de la mitad del escrutinio y enseñanzas que dejó Cervantes le represente un problema a mi humilde intelecto. Ahora... si me permite, comenzaré, y le pediré que guarde silencio.

Pasaron exactamente cuarenta y cinco minutos, cuando por fin pude darle fin a esa "novelucha", como la mujer la nombró, que me había traído a cambiar. En verdad, al principio me encontraba escéptico ante sus declaraciones respecto a la banalidad de la obra, pero luego de terminarla, me di cuenta de que la mujer se había quedado corta; literalmente, el sistema que el señor Williams describió se basaba en una copia malbaratada y pasada por ácido de Divergente, cambiando la estructura social de modo que las distintas clases referían a los supuestos roles femeninos: Las Fecundadas, aquellas que debían dar a luz; Las Jariosas, mujeres dedicadas a complacer a los hombres donde y cuando ellos lo pidieran; Las Criadoras, eran las chicas que debían avocarse a cuidar y educar a los pequeños; y por último, Las Ablucionistas, aquellas dedicadas a la limpieza, las cuales estaban divididas en dos grupos, domésticas y generales, para diferenciar entre el hogar y las calles. Todas estas divisiones obedecían a una clase social de élite compuesta de puros hombres, que veían por procurarles el salario mínimo y condiciones laborales apenas pasables. En cuanto a la protagonista, era descrita con mucha lujuria y obscenidad, haciendo gran alusión a la forma de su vagina, de los pechos y los labios. **Qué repugnante**, pensé. La prota, que pertenecía a la división de las Jariosas, no hizo otra cosa que abrirse de piernas con cuanto hombre poderoso la contrataba y, tras seducirlos y sacarles información, los chantajeó para ir subiendo en la escala social. Sí, resulta que si un hombre lo decide, puede otorgarle a la mujer una especie de "Carta libertadora", donde pasa a vivir con el hombre que la

liberó. Era otra forma de esclavitud, pero que intentaba hacerse pasar por un convenio de gratitud. Entre hombres podían pasarse la propiedad de la mujer en cuestión, y de esa manera, podía llegar a manos del presidente, o algo así leí. Mi mente casi vomitó veinte veces en las primeras cien páginas. Pude haber leído esa bazofia en menos tiempo, pero lo cierto es que era tan repulsivo de leer, que mi mente se negaba a dejar entrar semejantes estupideces a mi santo santuario onírico.

—¿Y bien? —me preguntó la señorita una vez que me vio cerrar el libro con firmeza—, ¿Qué opina?

—Razón no le faltaba, señorita —admití con un suspiro—... esto debe desaparecer. Y no hablo de cambiar la historia. Me refiero a erradicarla. Y más que eso —me levanté de mi asiento, arrojé el libro al suelo y me arrodillé frente a ella, tomando su mano mientras agachaba la cabeza a modo de súplica—, discúlpeme por haber dudado de usted. Tomé sus palabras como una pataleta caprichosa, cuando en realidad, se trataba de un solemne grito de auxilio. En verdad, le suplico que sepa perdonar mi escepticismo.

—Dios mío, señor, no tiene que hacer esto —por cómo estaba inclinado, yo no era capaz de verla a los ojos, pero sí podía escuchar en su voz una severa vergüenza, pero no repulsiva como temí. Era casi como si estuviera... exitada.

Me saqué eso de la mente tan pronto entró en mi consideración. Un cliente es un cliente. Comprometerme emocionalmente era un riesgo que no podía correr. Aclarándome la garganta, alcé la mirada y, decidido, resolví decirle lo que había estado pensando, a modo de un cauteloso planteamiento:

—Dígame: si usted tuviera que decidir entre cambiar esta novela y cambiar la historia reciente de su propia vida, ¿Qué elegiría?

—Mi vida, por supuesto —suspiró la mujer, que noté luego se había puesto ligeramente colorada—, pero eso es imposible, así que no vale la pena hacerme falsas ilusiones...

Conforme ella terminaba esa frase, extendí mi mano para mostrarle cómo emergía, de entre ligeros destellos rojos dispersos en el aire que pululaba entre mis dedos, una rosa con pétalos de un tono tan intenso que parecía teñida de sangre, la cual le extendí con gesto ceremonioso apenas ésta se materializó. Ella, sorprendida, la cogió entre sus finos dedos y alternó la mirada entre la flor y yo.

—Es bellísima... ¿C-Cómo lo hizo?

—Antes de responder, quiero que usted conteste una duda que me carmome desde que pisó el umbral de mi morada —repuse con delicadeza—, ¿Me conoce?

Ella me miró con sorpresa y nostalgia.

—Sí, lo conozco —respondió ella con lentitud.

—¿Sabe lo que se dice de mí?

—Sí. Sé lo que hace, y lo que se dice de usted —frunció el ceño y bajó la vista—, lo sé perfectamente.

—Entonces, ¿Por qué se arriesgó a buscarme?

—Las palabras que usted le dirigió al público en la obra de Hartley —respondió—... esa declaración de guerra resonó en mi mente y se implantó, como una semilla que encuentra el terreno perfecto para germinar. Cuando leí aquello, supe que sus intenciones eran sinceras, y aunque se extendió la idea de que usted era un asesino, lo cierto era que le temo más al desdichado futuro de mi hijo y mío estando con Gilbert que a la muerte misma. Por eso estoy aquí.

—Prefiere morir en mis manos que vivir a su lado... —susurré sin querer—, eso en verdad me conmueve.

No le mentía. Aquellas palabras me obligaron a reconsiderar la situación, pero lo cierto era que más era mi deseo de eliminar ese tópico que cualquier otra cosa en el mundo. Ella, aunque era fuerte por méritos propios, me recordaba a los miles de cuentos que se aferraban a tan trilladas declaraciones. No obstante, ahora que había develado sin querer mis sentimientos, no podía proceder a matarla sin más. Debía encontrar la manera de engancharla a mí. ¿Qué mejor manera de hacerlo que abriéndome con ella, tal y como lo hizo conmigo?

—¿En qué piensa? —me preguntó, poniendo la rosa cerca de su regazo sin soltarla.

—Usted es el primer cliente que tengo que llega más allá de la barrera profesional que les impongo. Yo... la comprendo —alcé la mirada y la observé fijamente con ternura. Bastaba con imitar los rostros amables que llegué a ver en las novelas románticas que destruí en el pasado—, y por primera vez... creo que puedo compartir más que asuntos de negocios.

—¿A qué se refiere? —la curiosidad en su mirada no se hizo esperar.

—La metodología de mis servicios es, pese a que siento que puedo confiar en usted, confidencial. Sin embargo, es completamente real —le

aseguré—. Puedo convertir cualquier historia en algo por completo distinto, e incluso, puedo extenderme a la realidad con sólo relatar los hechos. Por ejemplo...

Cogí el libro entre mis manos y, abriéndolo a la mitad, esboqué una sonrisa que sirvió como señal para pedir porque las hojas se convirtieran en finas mariposas, las cuales se desperdigaron por mi estudio con finos aleteos, ante la mirada atónita de la mujer, que se puso de pie para mirar alelada el espectáculo desde el centro del estudio. Verla alzar los brazos para que las mariposas le rodearan casi me hizo pensar que, si bien yo era un mortal, bien con un par de líneas podía transformarme en un dios, y nada tendría de presuntuoso. Sin embargo, tales peticiones conllevarían sacrificar fragmentos de alma que no tenía. Era una lástima.

—Puedo cambiar lo que quiera —reiteré, poniéndome a su lado—, desde las líneas de un poema, pasando por el desarrollo de una historia, hasta los versos de la mismísima realidad. Es sólo cuestión de escoger.

—Dios mío —suspiró la señorita, girándose para verme con alegría—. Con tal habilidad, ¿Por qué dedicarse a cambiar la literatura, si bien podría extenderse al mundo?

—Lo he pensado, pero eso implicaría dar todo lo que soy, y ni así tendría garantías de resultados. No. Lo que busco es que el legado escrito sea de mérito, digno de las futuras generaciones. Quiero salvarlos de afrontar mil historias calcadas que sólo hacen de mala hierba en el bello jardín literario. Por ello, me limito a las historias escritas en tinta. Duran más que la gente. Si controlas lo escrito, controlas un buen fragmento del rompecabezas que conforma el futuro. Y déjeme decirle, señorita, que su caso necesita de una intervención no literaria, sino literal. Y con su ayuda, puedo hacerlo posible.

—¿Qué me quiere decir con eso? —me preguntó con intriga, mientras las mariposas seguían revoloteando a nuestro alrededor.

—Mis métodos exigen un pequeño sacrificio de su parte, señorita. Y le adelanto, no pido de usted ningún favor o complacencia carnal, sino que me entregue un diminuto fragmento de su alma.

—¿Disculpe? —su rostro evidenció su desconcierto—, ¿Cómo que un pedazo de mi alma? ¿Dolerá?

—En absoluto. Sólo debe darme una pequeña muestra emocional de sus deseos, y yo haré el resto.

—Lo siento, pero sigo sin comprender. ¿Qué tendría que hacer?

En ese instante, me encaminé hasta mi escritorio, que estaba cubierto de mariposas de papel, para coger la libreta donde toda la magia ocurría, y la sostuve en el aire para mostrársela.

—Esta libreta es especial. Es mi registro de trabajos, ya que, como verá, al trabajar solo, recae en mí hacer mi respectiva contabilidad. Entre las páginas, ésta libreta no sólo guarda historias, sino también emociones. Para comenzar, debe escribir, con su puño y letra, qué es lo que quiere que yo haga. Entonces, bastará con una firma particular para que se haga efectivo. ¿Comprende?

—Sí, eso creo.

—Entonces, le pido, de favor, que declare en este espacio su petición —le señalé en el cuaderno una página en blanco, y le di la pluma para que comenzara.

Mirándome con aflicción, la señorita se mordió los labios y me preguntó:

—Si le pidiera que Gilbert desapareciera junto con su obra, ¿Ocurriría en verdad?

—Sí.

—¿Y qué pasará si descubren que yo lo pedí...? —me cuestionó preocupada.

—Descuide —le interrumpí con gesto afable para hacerla entrar en confianza—. Si usted especifica su propia exoneración del asunto, así será. Puede pedir que el señor Williams se disuelva cual nube y se lo lleve el olvido, para permitirle a usted, bella flor de la noche, reposar bajo la tranquilidad del firmamento, con la esperanza de ver un nuevo amanecer, libre de cargas, y libre de pesar. Sólo debe escribir lo que su corazón desee... adelante...

El pulso de la mujer fue más firme y decidido de lo que habría imaginado, y me sentí honrado de que ella hubiese tomado mi recomendación como inspiración para su solicitud:

Deseo de corazón, señor Editor, que aquel hombre de mala calaña que alguna vez estuve por desposar, desaparezca de la faz de la Tierra junto con su obra, para que no quede de él ni el menor atisbo de existencia escrita y práctica... que su nombre se borre, que sus libros se dezvanezcan en la ceniza del olvido y su legado sea nulo.

—¿Ahora qué? —preguntó la mujer, mirándome con cierta inseguridad—,

¿Lo firmo?

—No. Sólo escriba las siguientes palabras: finis finitum, en mayúsculas.

Ella sólo asintió y completó el escrito. Una vez lo hizo, las mariposas que nos rodeaban se consumieron en fuego, convirtiéndose en un espectáculo llameante que intrigó tanto a la mujer que se aferró de mi brazo para ver, con una sonrisa infantil, el fruto de su propia petición. Mi clienta disfrutaba de su travesura. Yo sólo pensaba con alivio en los varios fragmentos de alma que me había ahorrado al hacerla redactar ella misma la sentencia.

—¿Eso fue todo? —me preguntó con ansias mientras me entregaba la libreta.

—Me temo que no... —le dije con total seriedad.

—¿Qué más? Ah, sí, el pago... —la mujer regresó al sillón, donde había dejado su bolso, y conforme sacó su elegante cartera de piel para sacar un billete de cien libras, se quedó paralizada—, ¿Qué...? ¿Qué pasa?

La señorita no pudo seguir hablando, pues comenzó a sufrir una fuerte punzada de dolor en el vientre, transmitiéndome con la mirada la agonía que le recorría el cuerpo.

—¿Qué sucede?! ¿Qué me está pasando? —urgió saber, sujetándome por el cuello de la camisa con furia—, ¿Qué me hiciste, maldito?

—Yo no hice nada. Sólo está sufriendo por lo que usted misma hizo.

—¿No entiendo!

—Ah, ¿No? Veamos lo que redactó —le sugerí, mientras que revisaba el texto para leérselo en voz alta—... **Deseo de corazón, señor Editor, que aquel hombre de mala calaña que alguna vez estuve por desposar, desaparezca de la faz de la Tierra junto con su obra, para que no quede de él ni el menor atisbo de existencia escrita y práctica... que su nombre se borre, que sus libros se dezvanezcan en la ceniza del olvido y su legado sea nulo...** Me parece que fue muy clara al respecto, señorita. ¿Qué otro legado podría haber dejado ese hombre, aparte de una pésima novela? La respuesta está en su vientre...

Pese a su enfado, la mujer parecía contrariada. Me veía con una entremezcla de asombro, odio y tristeza. ¿Qué culpa tenía el bebé? Yo no tuve ingerencia alguna en su decisión. Ella sola dictó el destino, y en su ambigüedad, encontró su castigo. Para no someterla a más dolor, me valí del apoyo de mi futuro para que la mujer me soltase por sentirse mareada, y conforme ella fue incapaz de mantenerse de pie, me soltó, y

me apresuré a añadir una última frase al texto:

En su agonía, la que fuere mi clienta perdió a la cría, perdiendo así su último vínculo con la vida. Con su llanto, sobrevino una brisa divina que arrulló su alma, concretando una certeza discreta que se plantea como una duda al final de las cosas: ¿Qué hay más allá? La respuesta es... nada. Así, ella se volvió nada, quedando atrás sólo la cartera con la que ella planeaba pagar por un dictamen para el hombre que odiaba, sin saber que el dinero no es el precio por una venganza...

Capítulo 5

5.

Han pasado seis meses desde el asesinato de mi padre. Las autoridades disminuyeron los esfuerzos por encontrar al asesino; en un inicio, tal y como yo sospeché también, la policía fichó a Bryan Hartley como principal sospechoso e investigó a la editorial que publicó su novela, pues la lógica decía que, si la obra contenía un aviso sobre el asesinato de mi padre, la única posibilidad apuntaba a que el mismísimo autor, o en su defecto, los editores, habían colocado el texto ahí. Sin embargo, luego de interrogar a Hartley por semanas y de investigar a la editorial a fondo, no encontraron incoherencia alguna con los testimonios. Finalmente, se asumió que ni la editorial ni el autor fueron responsables, ya que incluso se presentaron varias quejas de compradores del libro acerca de que la novela presentó inusuales cambios en sus párrafos. En pocas palabras, los libros de todos estaban cambiando. ¿Cómo lo hacía el ya famoso Editor Fantasma? Nadie tenía una idea sólida.

En lo personal, me frustré sobremanera cuando mis sospechas iniciales se vieron desmontadas por la pila de evidencias que recolectó la policía para afirmar la inocencia de Hartley. Creí, por poco tiempo, que éste había pagado por el asesinato de mi padre, que él estaba sobornando a las autoridades, pero luego pensé: ¿Qué sentido tenía asesinar a alguien y luego anunciarlo en su novela? ¿Una doble estrategia de mercadotecnia? Quizá, pues el libro, a pesar del cambio, siguió vendiéndose, y más que eso, todo el tiraje se acabó luego de la noticia que relacionaba la insólita y mórbida predicción. Eso sí. En declaraciones a la prensa, Hartley sólo pudo expresar su descontento por la violación a su trabajo. Yo no le habría creído una sola palabra, de no ser porque nos hizo llamar y firmó un acuerdo legal en conjunto con la editorial, en el cual se estipulaba que el 60% de los ingresos del libro, incluyendo el 15% que le correspondía a él como autor, fuesen para mi madre y para mí, en compensación por el vínculo mortuario que tenía su obra con nuestra situación.

Fue un buen gesto. Ese ingreso, sumado al posterior cobro del seguro de vida de mi papá, nos permitió a mi madre y a mí regresar a nuestra casa sin preocuparnos por la embargación, y mi madre, quien se había puesto mal debido al estrés, se ganó un respiro al ver solucionados sus problemas financieros a corto plazo. Semejante acción fue suficiente para descartar a Hartley como el culpable. Por otro lado, aún estaba suelto el verdadero responsable, y no dormiría tranquilo hasta que el sujeto u organización pagasen por lo que nos hicieron.

Mi interés por resolver el caso por mi cuenta me llevó a pasar horas encerrado en casa. Objetivamente, en el estudio de mi padre, el cual había sido liberado por la policía al no encontrar más nada que fuese de utilidad. Si había pistas, pensé que quizá las encontraría ahí, y siendo yo hijo de mi padre, cabía la posibilidad de que pudiese dar con un elemento que las autoridades hubiesen pasado por alto. Y vaya que no estaba tan errado...

Me hallaba sentado en la silla giratoria de piel que mi padre tenía en su estudio, con los codos recargados en el escritorio de roble barnizado y la mirada clavada en el afiche que le dieron a mi madre tiempo atrás. ¿Con qué motivo? Simple. Nadie que tuviera un negocio y se anunciase dejaría su publicidad sin una clave para ponerse en contacto. La pregunta era ¿Qué método usó mi padre para hacerlo? Era obvio que no había un número de teléfono, ni enfrente, ni al reverso. Intenté de todo: revisé el papel a contraluz, usé calor para buscar rastros de tinta termocromática, usé luz ultravioleta para tinta invisible, e incluso traté de encontrar algún patrón en la disposición de las letras del anuncio, por si la dirección venía disfrazada. Pero no hubo resultados. Lo único que quedaba era lo que parecía ser, intencionalmente, un acertijo:

"Búsqüeme donde el tiempo converge con el cielo. Y recuerde: la pluma dicta el punto"

Esa era la única pista certera que tenía. Un maldito acertijo. Pasé varios días con sus noches tratando de descifrarlo, pero yo no era ni la mitad de avisado que era mi padre. Estaba seguro de que él había encontrado la respuesta a los pocos minutos.

Miraba el afiche por enésima vez, frustrado, cuando un pequeño golpeteo en la puerta del estudio me hizo alzar la mirada. Mi madre, vestida de nuevo con su usual elegancia, cubría su cuerpo con un saco formal, una bufanda y un gorro de lana con una flor blanca. Además, el color había vuelto a su rostro. Se veía hermosa.

—Hijo, voy a salir.

—Ah, sí, madre. Por supuesto. Pero ¿A dónde? —le pregunté. Me dio curiosidad el mero hecho de verla tan arreglada.

—El señor Hartley me invitó a cenar, y fue muy insistente... yo le dije que no era un buen momento, pero...

—No te preocupes, madre. Está bien, lo entiendo —le dije con una sonrisa.

—Si sientes que es demasiado pronto, puedo llamarle y cancelar...

—En absoluto. Esto es bueno para ti, así que ve y diviértete —la alenté con completa sinceridad—. No te preocupes por mí. Me importa más tu felicidad que otra cosa.

—Ay, hijo. Bueno, entonces, ya me voy. Te dejé tu cena en el refrigerador. Puedes ponerla en el microondas un par de minutos, y...

—Entiendo, madre. Gracias. Ve, te esperan.

—Sí —mi madre asintió con una sonrisa nostálgica y se marchó rumbo a la estancia, y cuando abrió la puerta, gritó—, ¡Ya regreso!

—¡Ten una buena velada! —le respondí, al tiempo que oía la puerta cerrarse.

De inmediato, me sentí agradecido porque ella no dijera nada de mi obsesión por estar en el estudio. Tal vez ella creía que estar aquí me ayudaría a calmarme, porque de haber creído lo contrario, ya me habría insistido en dejarlo. Supuse que se debía a mi reputación, pues yo jamás había hecho algo descabellado o imprudente.

Eso, al menos, había sido así hasta el momento. Decidido a romper con la cáscara prudencial que me envolvía, volví a centrarme en el afiche y el enigma, un tanto más motivado.

—Encuétrame donde el tiempo converge con el cielo... donde el tiempo converge con el cielo... un momento... ¿Acaso...?

En ese instante, un golpe de inspiración me llenó de euforia, hasta hacerme sonreír como un infante al que le dan el regalo que quería para navidad.

—¡EL BIG BEN! —exclamé—, ¡Está en el maldito Big Ben!

El hallazgo fue tan bien recibido por mi alma, que me sentí casi al nivel del gran Sherlock Holmes. Ese era mi ego hablando. En fin, ya tenía la ubicación. Ahora, tenía que seguir investigando, no fuese a ser que hubiesen más detalles de esa noche que estuviesen por escapárseme.

Capítulo 6

6.

Aunque ahora el pasado es insignificante para mí, al igual que la gente que sacrifico, lo cierto es que no siempre lo fue. Alguna vez, yo fui normal, un chico con miedo a actuar, a decidir sin remordimientos; las alternativas para mí no eran muchas, así que terminar tal y como soy ahora fue, por así decirlo, sencillo. Francamente, me duele recordar la monotonía de mi propia existencia de joven, pero duele más pensar que, de no ser por **ellos**, yo habría terminado por tener una vida sencilla.

Los Reescritores. Así se hacían llamar cuando los conocí. Llegué a ellos de la forma más tópica posible, y de no ser porque ocurrió hace más de una década, yo mismo me habría encargado de cambiar ese día, asesinándome. Qué irónico. Incluso, puedo decir que me da risa con sólo acordarme.

En fin. En esa época, yo aún estaba en la universidad de Oxford. La carrera de derecho fue siempre el sueño de nuestro padre, y mi hermano lo cumplió con mención honorífica, y aunado a su gran habilidad para los negocios, pudo hacerse de mucho dinero en poco tiempo. Yo, por otro lado, no entraba a clases por permanecer en la biblioteca, pero no estudiaba. Eso no era de mi interés. En su lugar, yo usaba el tiempo académico para pasearme entre mundos fantásticos, alegre de ver que, en la ficción, había personas que vivían con sus reglas, tenían aventuras, resolvían enigmas, surcaban los mares en busca de tesoros inimaginables, cruzaban el océano entre Dinamarca e Inglaterra en un hornet para escapar del régimen nazi, o se aventuraban en naves espaciales hacia las lejanas tierras lunares. Pero, por encima de eso, había un factor que me hacía regresar por más: aquellos seres inanimados, a diferencia de mí, tenían una vida emocionante, convicciones firmes y un destino claro. Eso lo envidiaba. Si yo hubiese podido pedir algo para que se cumpliese por acto de magia, habría sido cambiar mi aburrida rutina humana y torcer el fatídico y soso destino que la vida me tenía preparado.

Lo único que nunca pensé fue que ese pequeño deseo secreto se volvería no sólo una posibilidad medianamente remota, sino una profesión que podía ejercerse; un día, durante otra de mis evasiones académicas en la biblioteca, revisaba un estante de la sección de novelas de fantasía, cuando tomé uno al azar, y me senté en una de las largas mesas de madera barnizada para leer. "Los Herederos de Ansthret", se llamaba la obra. La recuerdo bien, porque era una novela extensa, y me tomó varios días terminarla. Narraba la historia de cuatro humanos que recibieron los dones del universo, cada uno dominando un aspecto fundamental de la

existencia: el espacio-tiempo, el electromagnetismo, las fuerzas nucleares tanto débil como fuerte, y la "virminiscencia", un término inventado por el autor para definir algo así como la vida y la muerte como parte de un solo proceso cíclico. En fin. Leía el final de la obra, con tremenda frustración; los niños dioses de la historia estaban dominando por fin a los malos, como siempre solía suceder, y estaban por tener un final feliz, en el que salvarían a la humanidad de la voracidad de una deidad, para vivir felices como protectores de su mundo. Era predecible, y me asqueaba llegar a esa aburrida conclusión. Casi me dio por dejarlo cuando, a doscientas páginas de acabar, la historia dio un giro no muy brusco, pero sí lo bastante contundente para arrojar por la borda todas mis suposiciones. El libro terminó con un dejo esperanzador entremezclado con arrepentimiento por una traición súbita, y aquello, en vez de molestarme, me dejó satisfecho. Era la primera vez que un final no era empalagoso ni feliz, sino todo lo contrario. Fue orgásmico, lo admito. La calamidad siempre me ha atraído.

Entonces, me abordó un hombre que, en algún momento de mi lectura, se situó a mis espaldas.

—Son satisfactorias, ¿No lo crees? —me dijo suavemente con su voz gruesa.

Por mero reflejo, cerré el libro de golpe y me giré enseguida; aquel sujeto vestía un abrigo largo color caqui, pantalones de vestir a juego, zapatos relucientes y un cabello cano peinado hacia un lado con elegancia y volumen. Se veía a leguas que no era precisamente adinerado, pero que sí tenía un estatus elevado. Probablemente, se trataba de algún maestro.

—¿De qué habla? —pregunté.

—Las historias impredecibles, muchacho. ¿No son satisfactorias?

—Yo... creo que sí, a veces —admití.

—No tienes que fingir, muchacho. Sé por tu mirada de hace un rato que esperabas un decepcionante desenlace para esa novela que tienes entre manos —señaló con una sonrisa mientras tomaba asiento frente a mí, al otro lado de la mesa—, y al final, te decepcionó que no te decepcionara, ¿O no? —tal parecía que había repetido esa palabra de forma deliberada.

—No le entiendo, señor...

—Hemmelige. Thomas Hemmelige. Soy profesor de literatura —cuando me mostró su credencial de maestro, suspiré con tranquilidad, ni para qué negarlo. Mis sospechas se desvanecieron, y mi lengua se sintió con

libertad para expresarse—, no tienes que mirarme de esa forma.

—Disculpe, es sólo que no esperaba... nada. Olvídelo.

—No esperabas entablar una conversación en el sitio que usas para escapar de ello, ¿Cierto? —infirió con tremenda sagacidad.

—¿Cómo lo...?

—Te he visto aquí de manera frecuente, muchacho. Tu rostro ya me es tan familiar como los lomos de los libros que reposan en estas antiguas estanterías. Supongo yo que, por tu aspecto, eres alumno, ¿No es verdad?

—Sí, señor. Lo soy.

—Entonces supongo que no tendrás reparo en decirme tu nombre, ¿Verdad?

Saqué mi credencial de estudiante de mi cartera, y se la mostré con rapidez.

—Brandon Singh —dijo con lentitud. Me sorprendió que hubiese alcanzado a leerlo considerando lo pronto que guardé la credencial—... curioso apellido, si me lo permites. Incluso, diría que me resulta familiar.

—Ah, ¿Sí?

—Tuve, hace un tiempo, un compañero de clase que se apellidaba igual. Quizá sólo es una coincidencia.

—Sí, quizá.

—Y bueno, señor Singh, ¿Qué estudias? O más bien, ¿En qué licenciatura estás inscrito? No pude leer bien el resto...

—Licenciatura en Derecho —contesté con cierta reserva.

—Interesante. Esa fue mi primera carrera, hasta que descubrí que no me gustaba, y cambié de rumbo.

—¿De verdad? —si bien ya nos habíamos presentado, lo que menos imaginé fue que ese hombre me revelara semejantes detalles tan pronto.

—Así es. Más o menos cuando estaba en segundo año, llegué a la conclusión de que el Derecho no era lo mío, así que lo abandoné, haciendo caso omiso a lo que mis padres dijeron al respecto. Y si algo puedo decir, es que valió completamente la pena. El mundo literario abre las

extrañas puertas hacia exquisitas dimensiones, y que los libros de leyes terminan por cerrar.

Ese hombre hablaba muy raro. No supe si bromeaba, o tan sólo intentaba hacerse el interesante.

—Por lo que oí —le dije—, los abogados ganan mucho más que un escritor o un maestro. No hay espacio para esas "dimensiones" de las que usted habla.

—Sí, es verdad —dijo riéndose por lo bajo—, pero creo de corazón que ganar dinero por discutir es aburrido, técnico, gris... si me lo preguntas, el mundo literario, cuyas posibilidades son infinitas, es mucho más gratificante y divertido de recorrer. Puede que no termines siendo millonario, pero habrás vivido más que aquel que sólo sabe litigar y llenar papeles con referencias a un viejo libro de reglas.

—Bueno, ahora que lo plantea de esa forma...

—Tranquilo, no pienso disuadirte de continuar tu carrera. Eso ya lo hiciste tú por cuenta propia.

—¿Es tan evidente?

—Claro. ¿Qué otra motivación podrías tener para tomar un libro tan largo como ese y quedarte leyendo en vez de estudiar para los exámenes que, por lo que tengo entendido, son la próxima semana?

—La carrera es fácil para mí —argüí—. No tengo necesidad de seguir repasando los "libros de reglas", porque me los sé de memoria.

—Interesante. Pero no es lo único por lo que vienes.

—No. Me gusta la literatura de ficción, es verdad. De hecho... me gusta más leer acerca de otros mundos que estar pendiente de mi propia vida.

—Te comprendo perfectamente, muchacho. Ese impulso por seguir consumiendo mundos ajenos es adictivo, y más cuando tu propia existencia carece del encanto y el sazón que tienen los relatos.

Lo miré con fijeza. Estaba penetrando mi mente con tremenda facilidad.

—No te alarmes, yo sé lo que sientes porque he estado en tu lugar. Uno incluso... desearía poder refugiarse de forma literal entre las páginas de un buen libro, esperando que nuestra historia se entremezcle con las líneas que tanto relatan la vida que quisiéramos tener. Sin embargo, cuando el final es vaticinado con tanta antelación, la magia se pierde. ¿No lo crees? Es la anticipación del pensar y el actuar de los personajes lo que termina

matando la atmósfera, lo que destruye la esencia de lo que la literatura de ficción busca. Si tuviéramos que agrupar las novelas tópicas y las que no lo son, veríamos con decepción que el segundo grupo estaría casi vacío. Los tópicos —dijo mientras alargaba la mano y me quitaba el libro de las manos con delicadeza para hojearlo con una sonrisa—... son un cáncer en la literatura. Existen gran variedad de escritos que innovan, es verdad, pero los que se aferran a los estándares del pasado abundan aún más. ¿Y sabes por qué ocurre? Es como la vida misma; es terrorífico alejarse de la zona de confort. Mejor quedarse y construir nuestro rumbo conforme a lo que otros han hecho. ¡Bah! —el ademán del señor Hemmelige reveló en su mirada un dejo de asco—, conformismo. Escribir ya es un reto que no cualquiera acepta. Lo malo es que aquellos que se arriesgan temen ser un fracaso, por lo que se atañen al legado de otros, copiándolo tal cual para asegurar que, mínimo, serán recordados por sus intentos.

—La mediocridad abunda —dije con cierta ironía—, sólo míreme a mí.

—Lo primero quizá sea cierto, pero de lo segundo... no estoy tan seguro. Veo potencial en esa mirada tuya. No cualquier estudiante de Oxford tiene el valor de venir a la escuela a llenar su mente de aventuras ajenas en vez de estudiar para asegurarte un futuro.

—Ciertamente, mi futuro no me interesa tanto como a mi padre —dije con cierto repudio—. Él espera que logre lo mismo que él.

—¿Y por qué habrías de seguir sus instrucciones, si al que le pertenece la vida es a ti?

—Es mi padre, él sabe cosas que yo no.

—Absurdo. No porque alguien haya vivido más que tú significa que sepa más y que debas seguir su consejo ciegamente.

—¿No cree que semejante afirmación suena irónica viniendo de usted?
—repuse, algo molesto.

—Es posible, pero lo único que te doy es una opinión, una perspectiva. Vamos, somos desconocidos, bien podrías levantarte de la mesa y marcharte, sin consecuencia alguna que repercuta en tus estudios. Sin embargo, sigues aquí, ¿A qué se debe?

—No soy tonto, y aunque soy necio, no es ese defecto el que me ata a la silla. La única razón por la que no me he ido es que quiero escuchar su propuesta.

—¿Qué propuesta? —preguntó, notoriamente sorprendido.

—No nos andemos con rodeos. Conozco el emblema que lleva en la solapa a modo de broche —señalé, haciendo referencia al símbolo de una pluma dorada que estaba encerrada dentro de un aro perfectamente pulido—. Lo vi en uno de los baños de la escuela, y también noté que hay dos alumnos en esta misma estancia con el mismo broche que el suyo, y que nos están vigilando desde que usted comenzó a hablar conmigo. Usted es miembro del selecto grupo de redacción que se aut nombra “Los Reescritores”, ¿No es así, señor Hemmelige? Ese al que todos aspiran entrar y que nadie, salvo algunos contados miembros del cuerpo estudiantil a lo largo de los veinte años que lleva existiendo su grupo, han entrado.

—Me sorprendes, eres observador y sagaz. Digno de un estudiante de Derecho. Sin embargo, te equivocas en algo. No somos un club de redacción precisamente. Nosotros leemos, analizamos y editamos aquellos textos que, con su contenido, mancillan la integridad y la riqueza cultural que aportan al medio. Somos, por así decirlo, purgadores. Nos deshacemos de los clichés, ideas tópicas recicladas e incoherencias gramaticales y narrativas que puedan enlodar el legado escrito de la humanidad.

—Suen a una secta llena de obsesivos intolerantes —suspiré con desagrado—, ¿No le parece que andar reescribiendo libros ya publicados es una pérdida de tiempo? Andar detrás de otros para señalar errores y afanarse con corregirlos es digno de un perfil de psicopatía, sin ofender.

—Innecesario es que te disculpes, pues sé que no entiendes lo que hacemos. Pero si nos dieras la oportunidad de mostrártelo, sé que cambiarías de parecer —insistió el profesor, taimado.

—Lo siento, pero sea lo que sea, no me interesa —dije, poniéndome de pie. Eso me había ganado por no asistir a clases—, así que, con su permiso, señor Hemmelige. Tenga buena tarde.

Conforme me fui alejando, las paredes de la biblioteca oscilaron, tornándose una masa acuosa de tonos azules que se fue evaporando poco a poco. Yo, incrédulo, miré aterrado en todas direcciones para saber si los demás lo notaban, pero no; los otros alumnos, profesorado y personal de la biblioteca actuaban normal. Entonces, ¿Qué ocurría? Era como si la realidad misma se estuviese derritiendo. Asimismo, mi cuerpo se sintió pesado, como de roca, de modo que no pude moverme ni huir.

—¿Qué demonios está sucediendo?! —exclamé espantado, pensando por un instante que había sido drogado de alguna manera rara.

—La realidad no es más que un relato que nuestros sentidos nos cuenta —susurró la voz del maestro Hemmelige, escuchándose desde todas partes—, y como tal, puede cambiarse... —enseguida, el hombre de canosa barba se materializó frente a mí, brotando de entre las paredes

brumosas como quien saliera de la ducha caliente.

Acto seguido, se guardó las manos en los bolsillos y caminó a mi alrededor con gesto afable y despreocupado. Tal cosa me irritó.

—¿Quién es usted?! —exigí saber.

—La identidad es una nimiedad de la que una persona puede prescindir cuando ha alcanzado cierto desapego por la realidad —dijo, encogiéndose de hombros.

—¡No se haga el chulo conmigo, señor Hemmelige! ¡Espere a que el Consejo Escolar se entere de...!

—¿De qué? ¿De que tuviste una crisis nerviosa por sentirte un incompetente en los estudios? Porque eso es lo que pasará si me obligas...

—Carajo, ¿Qué es lo que quiere?

—Como dije antes, tienes potencial. Esa voracidad por los mundos dispares es lo que se necesita para lograr un cambio.

—¡No... no entiendo!

—El legado humano se ha preservado por miles de años gracias a la escritura. Sin importar cuánto avance el mundo, nuestra metodología de comunicación por excelencia para llegar a todas partes es la escritura. Aún la información digital está cifrada en unos y ceros, lo que se traduce por comandos que describen un mensaje que viaja directo al corazón de las máquinas...

—¿Y a dónde quiere llegar con eso?

—Mi punto es que la única manera en que la humanidad puede asegurarse de seguir mejorando es conservando su conocimiento, y si la manera más efectiva de lograrlo es la escritura, ésta debe protegerse del contenido basura; las faltas ortográficas, las ideas robadas, los tópicos, la información falsa, las doctrinas espiritualistas... hay mucho que purgar, pues la raza humana no podrá seguir evolucionando si no comienza a dejar ir aquello que la ralentiza.

—Eso no suena muy diferente de querer controlar la libertad de expresión, y siempre que alguien se plantea eso, acaba mal —gruñí, intentando moverme en vano.

—Antes se intentó, es verdad, pero lo que nos diferencia de esos fracasados es que nosotros contamos con un recurso que puede cambiarlo

todo...

—¿Y cuál es?

—Lo estás experimentando...

Mi cuerpo recuperó la movilidad, pero apenas moví un músculo, el entorno se vació por completo, haciéndome caer hacia un desconocido abismo tan negro como la tinta. Mis gritos, inaudibles hasta para mí, no sirvieron más que para hacerle entender a mi mente que mi realidad estaba siendo distorsionada hasta el punto más irreal. De pronto, dejé de sentir vértigo. ¿Seguía cayendo? Era difícil decirlo. Sin un sistema de referencia, no tenía caso pensar en ello.

—¿Cómo es posible? —susurré, incapaz de controlar mi respiración al sentirme desvalido.

—Existen fuerzas en este mundo que sólo pocos conocen —dijo Hemmelige, proyectándose ante mí como una flotante silueta fantasmal—, y lo que quiero es que veas por ti mismo que la realidad puede cambiarse con los medios adecuados.

—¡Ha! Y si tiene tanto poder, ¿Por qué no cambia el puto mundo de una vez por todas y acaba con todo lo que odia? —lo reté.

—¿Cuál es el punto de hacerlo todo uno mismo? Una vez que me haya ido de este mundo, las garantías de que se conserven los cambios que hice es nula. Para que las cosas cambien, debemos hacer que la gente misma lo haga. Sin embargo, un solo hombre no podrá contra la humanidad entera. Se necesita la fuerza de más voluntarios para que los cambios sean permanentes.

—¿Y así pretende atarme? ¡¿Asustándome con ilusiones?! —grité tan fuerte como me lo permitió el alma, y por un instante, la negrura que nos rodeaba se disolvió, dejando en evidencia por breves segundos que, detrás de las sombras, se encontraba la biblioteca.

—Interesante, entonces mis sospechas eran ciertas —dijo el maestro, esbozando una sonrisa infantil.

—¿De qué rayos habla?!

—Tal vez no lo notaste, pero quizá lo hagas si te pongo un pequeño desafío.

—¡No estoy para juegos!

—Esto es lo más lejano a un juego, muchacho —el hombre apuntó hacia mí con su puño y, cerrándolo poco a poco, simuló que me estrujaba.

Al principio creí que blofeaba, pero cuando sentí que mi carne se retorció, mi incredulidad se convirtió en miedo absoluto. ¿Quién era ese sujeto? ¡Era imposible que fuese humano! Siguió estrujándome, y mi cuerpo, ignorándome, se contorsionó, encogiéndome hasta que mis articulaciones se vencieron con un millar de crujidos simultáneos, a lo que me solté a gritar como loco.

—¿Por qué me hace esto?! —sollocé, incapaz de entender lo que ocurría.

—Si te lo contara, te arruinaría el final... —para cuando terminó de decir aquello, Hemmelige se desvaneció ante mis ojos, dejándome en agonía.

Mi dolor era tan grande que deseé estar muerto. Sin embargo, no acudió a mí la típica visión retrospectiva de mi pasado. Por más que estaba en peligro de muerte, mi familia no se presentó para alentarme. Por otro lado, algo en mi interior borboteó, gritándome lo contrario a la voluntad de mi carne. “Vive”. ¿Por qué hacerlo? Siguiendo ese último pensamiento, me visualicé resistiendo a semejante tortura, y como si hubiese sido un decreto mío, mi carne, mis músculos y mis huesos recuperaron su forma original. Con eso tuve para empeñarme en sobrevivir.

—¡No voy a morir! —exclamé. Al instante, la negrura se hizo tangible alrededor mío, dándome la sensación de estar cubierto por una capa de plástico opaco.

Desesperado, arañé mi piel buscando remover la oscuridad de mi ser, y antes de poder darme cuenta, conseguí desprender las tinieblas del todo, quedando como insulsos trozos de tela deshilachada entre mis dedos. A mi alrededor, todos los alumnos seguían leyendo, buscando libros o simplemente conversando, mientras una señorita sentada tras un escritorio barnizado sellaba los libros que los muchachos devolvían. Todo estaba como antes. El maestro Hemmelige, por su parte, continuaba sentado en la mesa, mirándome con sorpresa y satisfacción.

—¿Sucedó algo? —me preguntó con toda la inocencia del mundo, dejando de escribir para verme.

Yo sólo podía especular mediante lo poco que quedaba de mi cordura. Había sido tan real, tan vívido... no podía ser un sueño. Sin embargo, nadie lo había notado. ¿Cómo pasó? O más bien, ¿De verdad pasó? Mi cuerpo ya no se sentía adolorido en absoluto, no tenía ningún músculo desgarrado ni huesos fuera de lugar. Todo estaba en su sitio, como al principio. A esas alturas, ya no podía enfadarme. De hecho, lo único que se preservó luego de semejante calvario no fue confusión, o miedo. Fue

curiosidad.

—¿Cómo lo hizo? —le pregunté con toda seriedad.

—¿Qué cosa?

—Yo... el abismo...

—Tranquilo. Has de haber dormido mal, muchacho —dijo con una sonrisa mientras se ponía de pie y me alcanzaba—. Te recomiendo que regreses a tu dormitorio y descanses la mente —sin más, se fue caminando, y antes de perderse entre los estantes de madera que alcanzaban el techo, se volvió hacia mí—, ah, y por cierto, olvidaste una libreta —señaló hacia la mesa.

—¿Libreta? —me volví para comprobar que, en efecto, ahí estaba una libreta, pero no la reconocí como mía—, pero no es mía... ¿Eh? —para cuando volteeé, el señor Hemmelige ya no estaba ahí, sino que ya se encontraba cruzando la puerta de la biblioteca, rumbo a los jardines del campus.

Confundido, regresé por la libreta, y al tantearla, sentí la presencia de una pluma que fungía como separador, y al abrir el cuaderno para sacarla, me encontré con un texto escrito a mano:

Estimado Sr. Singh:

Esta libreta ahora es de su propiedad. No intente devolvérmela. Considérela un pequeño regalo por consideración a la prueba que ha superado. Sin embargo, esto está lejos de terminar. Como pudo experimentar por cuenta propia, lo que le ofrezco es más que reescribir un ensayo mal hecho: le ofrezco cambiar la historia del mundo, literaria y literalmente. Puede que su razón le diga que decline, pero sé que, en el fondo, usted anhela más que lo que una simple educación podría darle. Si tanto le da igual su futuro, ¿Por qué no cambiar de rumbo e ir a donde ningún humano corriente ha ido nunca? Deje de ser usted un tópico. Deje de seguir al rebaño. Sea el escritor de su propia historia, fuera de los márgenes que le han impuesto.

Queda en usted el elegir el camino que le plazca, reiterando que tiene un potencial innato para hacer de este mundo algo más que un mundo de plagios y tópicos absurdos y reiterantes. La cuestión es... ¿TOMARÁ EL RIESGO? Antes de decidir, eche un vistazo al último párrafo escrito con fecha de hoy, 20 de marzo de 1996. Estoy seguro de que encontrará algo

que será de su interés.

Atentamente, Thomas Hemmelige.

Me quedé intrigado. ¿En qué momento escribió el señor Hemmelige esa nota? Pese a mi desconfianza, mi curiosidad me venció y, siguiendo su indicación, hojeé la libreta; las hojas estaban llenas de escritos borrosos e ininteligibles, cada uno con fechas también incomprensibles. Sin embargo, luego de avanzar por varias páginas, me encontré con el único texto legible, que en efecto, tenía la fecha de ese día. Abajo, para mi horror, decía:

Emergiendo cual diamante en bruto de la oscuridad, aquel de aspiraciones frustradas habrá de emerger para reclamar sobre la libreta su potestad; su mundo, antes claro, se difuminará, y tragado por las sombras, donde efímeros segundos son eternos, por férrea voluntad hallará su camino hacia la claridad, o en su debilidad, se esfumará en la soledad. Si el alma ha de romper el estigma de la realidad y liberarse de las cadenas que lo atan a la banalidad mortal, o si se verá consumida por la infinitud y morirá, será decreto del que por debilidad podría colapsar... auguro, sin embargo, que él saldrá, y de hacerlo, quebrada su inocencia quedará, restando solo las ansias por desentrañar el secreto de su despertar. Y me buscará. Auguro, que me buscará.

FINIS FINITUM

Ese fue el principio. Fuese sugestión o un verdadero acto de magia, lo cierto era que el texto relataba lo que me había pasado, y si sólo era un sueño, era imposible que Hemmelige lo hubiese visto. Pese a lo ortodoxa de la presentación, debía admitir que mi alma ya sentía insuficientes las sensaciones provistas por mis sentidos. De alguna manera, se acentuó mi sed de ir más allá. La realidad se veía ahora... tan normal, tan simple, tan insulsa. En verdad, algo en mi alma me clamó por buscar aquello que Hemmelige me mostró, y no porque él fuera alguien con buena capacidad para convencer, sino porque la misma experiencia sentiente me era insuficiente, y él tenía lo que yo había anhelado en secreto por tantos años, desde la niñez. Y lo hice... lo busqué...

Capítulo 7

7.

La puerta oscura estaba repleta de letreros de distintos tamaños, tipos de letra y colores. Sin embargo, todos decían lo mismo: "Peligro. Aléjese". El picaporte, de tonos dorados, destellaba en contraste con la tenue luz del pasillo alfombrado, y en su superficie metálica se reflejaba la fina mano de Katherine, quien se sentía atraída por un millar de voces que cuchicheaban dentro de su mente:

¡ENTRA! ¡AYÚDAME! ¡SOCORRO!

El polvo, que raspaba la seca garganta de la nerviosa muchacha, impregnaba el aire a lo largo del pasillo repleto de pinturas y retratos lúgubres, al igual que cada rincón de esa vieja mansión, abandonada hacía siglos y temida por el condado entero. Con hectáreas de oscuro bosque rodeándola, nada impediría que ella develara el secreto de Madam Shanaile, conocida en el pueblo cercano por estar vinculada con una entidad ancestral que raptaba niños para verter sus almas en máscaras confeccionadas con su piel. Los poros de Katherine exudaban temor, y su corazón le gritaba desde el interior de sus costillas. ¿Por qué se aproximaba a la puerta si le causaba tanto miedo hacerlo? Su mano tocó el picaporte, que estaba tan helado como un carámbano. Respirando con dificultad, Katherine apretó los dientes y comenzó a abrir la puerta...

Me cansé de leer el párrafo, y conforme paré de leer, el tiempo se detuvo, por lo que la puerta negra quedó a milímetros de abrirse, y la chica se paralizó cual muñeca de aparador. ¿Cuántas veces no había visto yo semejante trama, ocurriendo una y otra y otra vez? Una terrible maldición sería liberada sobre la humanidad por culpa de una chica estúpida que, mediante el poder del guion, sería la causante del problema y su única salvación, convirtiéndose en automático en el personaje más listo para el final de la historia y resolvería el enigma luego de que los demás personajes secundarios e incidentales muriesen para reafirmar que su coraje y astucia eran mayores al promedio. Aunque claro, si este pueblo ficticio fue relleno con puros idiotas integrales, la comparación resulta injusta. Esta historia es un absurdo, y por eso estoy aquí... para ponerle fin. Es hora de integrarse a la historia y cambiarla desde adentro.

—¡Alto! —grité firmemente, saliendo al encuentro de la chica, quien soltó un grito agudo y volteó a verme.

Fue extraño verme de pronto en el mismo pasillo que Katherine, y más por el hecho de que esa muchacha no tenía rasgos faciales más que

una cabellera negra y alaciada que le llegaba a los hombros y unos ojos oscuros que apenas reflejaban temor. No tenía nariz ni orejas, y salvo por sus manos, el resto de su piel y cuerpo se veían cual manchón de tinta en movimiento y no tenía ni vestimenta. Ahí estaba otro defecto narrativo propio de los descuidados: la falta de una descripción cuidada del personaje. ¿Qué clase de escritor deja a una personaje existir de esa manera?

—¿Quién anda ahí? —preguntó, inclinando la cabeza con intriga.

—¿En serio? —al oírla decir aquello, mi cara se contorsionó, dejándome con una mueca de disgusto muy propia de quien de pronto es introducido a una habitación forrada de mierda y cadáveres—, ¿Eso es lo primero que se te ocurre preguntarle a un desconocido que aparece de la nada frente a ti? A tu padre le faltó darte algo de personalidad.

—¿Hola? ¡Hola! ¿Hay alguien? —insistió la chica, caminando hacia mí. Por efecto del propio libro, mi cuerpo estaba rodeado de una oscuridad tan profunda y antinatural, que a esa chica le resultaba imposible verme, y lo peor era que mi voz también se había distorsionado. Mi pregunta pasó a sonar como susurros apenas audibles.

Mis ganas de vomitar fueron en aumento. ¿De nuevo el recurso de la oscuridad tan densa como el agua bloqueando la vista? Vaya basura de libro. Confiando en mi nexa con el futuro, aguardé a que mi cuerpo recobrara la forma humana, y en cuanto tuve mis manos, piernas, torso, cuello y cabeza en su lugar, hice a un lado mi pesada gabardina oscura y saqué mi revólver de la funda que colgaba de mi cadera, para apuntarle a la chica directo al rostro.

—¡Quita la mano del picaporte, estúpida! —le grité sin miramientos—, ¡Nos condenarás a todos!

Katherine, para mi sorpresa, reaccionó como una persona medianamente normal, pues enseguida alzó los brazos y se quedó quieta, temblando de miedo y sin apartar la vista de mí.

—¿Q-Quién eres y qué quieres? —se atrevió a preguntar la chica, saliéndose del guion, valiéndose de la precaria personalidad curiosa que le había imbuido el autor—, ¡¿Qué hay detrás de esa puerta que no quieres que mire?!

—No importa quién soy, pero vine a detenerte. Detrás de esa puerta está esperándote la muerte —dije mientras me aproximaba a ella con pasos lentos—, el secreto que buscas develar es en realidad una maldición que escapará por esa puerta apenas pongas un pie dentro, así que si quieres

que nadie muera, te recomiendo que te marches, y jamás regreses.

La chica me miró, contrariada. Sus piernas vacilaban, o así lo supuse, pues como el autor no se molestó en describirlas, lo único que veía eran dos franjas de tinta que se agitaban ligeramente. Parecía una perturbadora mezcla de carne humana con la esencia de un dibujo animado inacabado.

—¡Lo que hay tras esa puerta está atormentando a la gente del pueblo de Sight Hills! ¡Esto lo hago por ellos!

—No me jodas, ese nombre apenas es diferente de Silent Hill —dije con mi aún presente mueca de asco. Además de mal escrito, el pueblo tenía un nombre plagiado.

—Debo hacerlo, ¡Y no vas a detenerme! —sentenció la chica. Se movió con rapidez y sujetó el picaporte, empeñada en abrir la puerta por orden de la trillada historia que la había parido.

—No soporto esto —dije, exasperado.

Estaba consciente de que la trama se iría al garete luego de lo que iba a hacer, pero me decidí y lo hice. Con jalar el gatillo, una bala dorada atravesó la frente de Katherine, quien se desplomó en el suelo y reventó, convirtiéndose en un charco de tinta que embarró las paredes y la alfombra. No me sentí mal en absoluto, pues apenas tenía rasgos humanos y carecía de una personalidad propia.

—Los protagonistas estúpidamente curiosos son un cáncer —susurré de forma estoica, limpiándome una fina gotita negra que me había salpicado a la mejilla—. Yo soy la cura. O eso diría un cliché. En fin, maldición impedida.

Acto seguido, cerré la puerta y, usando mi tinta especial, dibujé una serie de cadenas que sellaron la habitación, así como un galón de combustible que flotó por sí mismo y empezó a verter el apestoso líquido inflamable sobre la puerta y a lo largo del oscuro y empolvado corredor. Era momento de salir. Caminé por el pasillo, pisando el charco de tinta que antes fue Katherine, mientras que me seguía el galón de combustible volador, dejando un rastro definido detrás de mí. Al tiempo que me alejaba de la escena, la mansión se volvía menos real y pasaba a ser un conjunto difuso de bocetos inconclusos, como si ese sitio estuviese convirtiéndose en una historieta mal dibujada. Vaya mierda. El autor no definió siquiera cómo lucía su afamada mansión, por lo que ni siquiera yo entendía lo que me rodeaba. El flojo debió fijarse sólo en lo que quería y se olvidó del resto. Qué vagancia.

Al llegar a la puerta principal y abrirla, me encontré con un espacio infinito de árboles mal dibujados, seguido de un suelo cubierto de hierba hecha a lápiz. Mi cliente pidió que el libro dejara de existir. Yo pensé que podría salvar algo, pero ni el personaje, ni la trama, ni el mundo estaban bien hechos. No había nada rescatable. Por tanto, todo debía arder. Con un chasquido, el galón de combustible se desvaneció, siendo reemplazado por una caja de fósforos. Yo no había pedido eso, así que supuse que fue una broma de mi yo del futuro.

—¿Fósforos? ¡Por favor, así no es divertido! —protesté.

Mi yo del futuro lo arregló de inmediato —me cercioraré de eso luego— y me proporcionó de un gigantesco lanzallamas ultraligero y con munición infinita.

—Mucho mejor —susurré sonriente.

Con todo el gusto del mundo, accioné el gatillo y una poderosa llamarada emergió de la boquilla, la cual dirigí hacia la casa. No era suficiente con eso, así que me elevé del suelo gracias al poder que me otorgué yo mismo en la historia y sobrevolé el bosque, el cual quedó completamente en llamas. Por un momento, me sentí como el dragón que mató al idiota caballero en la Cueva de Kyshi. Qué recuerdos. Al poco rato, todo el lugar era una fogata gigante, y habiendo eliminado el problema de raíz, salí de la historia con una sonrisa en el rostro.

Estando de regreso en mi estudio, vi el libro del que salí, quemándose sobre una bandeja de metal que preparé por si acaso se me antojaba incinerarlo desde adentro.

—¡Carajo! —rápidamente, me acerqué al libro y lo abrí en la página en que se suponía que Katherine abriría la puerta que liberaría la maldición.

Como supuse, la historia había cambiado, y ahí estaba yo, descrito en tinta como un sujeto desconocido que le disparó entre las cejas a la protagonista para luego incendiar el lugar, salvando el mundo de una catástrofe sin que muriese nadie más. Como pude, escribí la sentencia que definiría ese cambio como permanente:

FINIS FINITUM.

Casi al momento, la página en que escribí la línea se prendió en llamas también, obligándome a soltar el ejemplar y dejarlo convertirse en cenizas sobre la bandeja metálica. Mientras tanto, el cliente miraba la bandeja con una cara de estupefacción tal que me fue imposible retener mi carcajada.

—Señor Kushner, no se alarme, fue intencional.

—El... el libro... se quemó... —su perplejidad era palpable—, y usted salió de entre sus páginas... como si nada hubiera pasado...

—Sí, eso es lo que hago. Entro, cambio la historia, y salgo. Se lo expliqué desde antes de comenzar.

—Cielo santo. ¿Qué le pasará a los demás libros?

—Lo mismo que a este —dije sin preocuparme—. Pobre del idiota que tenga una asquerosa copia de este infame despojo de historia en su librero. Los bomberos tendrán una noche medianamente interesante.

—Oh...

—Ahora, en cuanto al pago, ¿Puede apresurarse? Tengo un cliente en unas horas, y no tarda mucho en terminar de resolver el acertijo que le dejé.

—Sí, claro, claro que sí —dijo el hombre calvo de ojos verdes y mejillas apiñonadas.

Ni para qué describirlo. Ese sujeto existe, no es un manchón de tinta ni producto de mi imaginación. Es tan sólo un cliente satisfecho con mi trabajo. Nada más. Lo interesante está aún por venir.